

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA ROSA DE LIMA
LA ALEGRIA DE DIOS**

LIMA – PERÚ

SANTA ROSA DE LIMA, LA ALEGRIA DE DIOS

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente social. Sus padres.
Su infancia. Estancia en Quives.
El demonio. Penitencia.
Castidad. Caridad.
Oración. Desposorio.
Llamada de atención.
Jesús Eucaristía.
El niño Jesús. La Virgen María.
Su ángel custodio.
Santo Domingo. Santa Catalina.
La celda. Providencia de Dios.
La alegría de vivir.
Dones extraordinarios
a) Sabiduría.
b) Profecía.
c) Milagros en vida.
Milagro del santo Rostro.
Última enfermedad y muerte.
Más milagros.
Beatificación y canonización.
Convento de santa Catalina.
Convento de santa Rosa.
Santuario de santa Rosa.
Reflexiones.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Santa Rosa de Lima fue una santa mística de primer orden, que llevó una vida de grandes penitencias por amor a Dios y a los demás. El amor de Dios inflamaba su espíritu de tal manera que todo su ser respiraba caridad y deseo de ayudar al prójimo por medio de sus oraciones, sufrimientos y colaboración personal. Se esforzó en ayudar económicamente a sus padres, mientras tuvo buena salud, y ayudaba en las iglesias en la decoración de las imágenes.

Su amor a Jesús Eucaristía fue inmenso, al igual que su amor a la Virgen María. Sus santos predilectos fueron santo Domingo y, especialmente, santa Catalina de Siena, a quien trató de imitar y a quien llamaba madre.

Fue primero terciaria franciscana y después terciaria dominica y, a pesar de buscar siempre la soledad para estar a solas con Dios y no perder tiempo en cosas o conversaciones inútiles, era muy alegre. Por eso podemos llamarla la alegría de Dios. Amaba a los animalitos. Le gustaban mucho las flores y, sobre todo, le gustaba cantar y manifestar su amor a Jesús por medio de sus canciones. Su alegría la expresaba cantando. Su oración muchas veces era cantar o repetir jaculatorias de amor.

Ojalá que su vida nos estimule en el camino de la santidad para poder ser como ella: caritativos con todos, fuertes y generosos ante el dolor y alegres en todo tiempo.

1.- La mayor parte de las citas son tomadas del libro *Primer proceso ordinario para la canonización de santa Rosa de Lima* (1617-1618), publicado por el padre Hernán Jiménez, con los testimonios de los testigos que conocieron a nuestra santa, editado en Lima el año 2002. Lo citaremos simplemente como Proceso.

2.- Cuando citemos el *Proceso apostólico* (1630-1632), del archivo secreto del Vaticano, manuscrito N° 1573, lo citaremos como Proceso apostólico.

3.- Al copiar el texto original nos hemos permitido cambiar algunas palabras para hacer más comprensible la lectura, sin cambiar el sentido del texto.

AMBIENTE SOCIAL

Nació nuestra santa en Lima, la ciudad de los Reyes, fundada el 18 de enero de 1535 por Francisco Pizarro. En ese tiempo, reinaba en España el rey Felipe II y ocupaba la cátedra de san Pedro el Papa Sixto V. Lima era gobernada en aquellos años por la Audiencia, debido a la muerte del sexto virrey, don Martín Enríquez. Santo Toribio de Mogrovejo era el arzobispo de Lima, segundo desde su fundación.

En cuanto a iglesias, además de la iglesia catedral con la parroquia del Sagrario (1535), estaba la parroquia de san Sebastián (1554), santa Ana (1570), Santiago del Cercado (1571), san Lázaro (¿1573?), san Marcelo (1584) y nuestra Señora de Atocha (1614), que después se llamó de los Huérfanos.

Había cinco conventos de frailes y una casa de jesuitas: Nuestra Señora de la Merced (mercedarios), fundado hacia 1536; Nuestra Señora del Rosario (dominicos), fundado hacia 1537; Santísimo Nombre de Jesús (franciscanos), fundado en 1546; el de san Agustín (agustinos), fundado en 1552 y nuestra Señora de Monserrate, de benedictinos, fundado en 1600 y que no prosperó. Los jesuitas llegaron a Lima en 1568 y se instalaron junto a la iglesia de san Pablo, ahora de san Pedro, que se llamó de la Compañía de Jesús. En 1596, los franciscanos fundaron el de Sta. María de los Ángeles. En 1606, los mercedarios fundaron el convento de Nuestra Señora de Belén, y los dominicos el de Santa María Magdalena en 1611.

En aquella época, la Iglesia predominaba en todos los ámbitos de la sociedad. Había fundado la universidad de san Marcos en 1551; y los colegios mayores de san Felipe y san Marcos en 1575; de san Martín en 1582 y el Colegio Seminario en 1594. A estos hay que añadir el Colegio Máximo de san Pablo de los jesuitas fundado en 1570; el colegio Mayor de san Ildefonso de los agustinos fundado en 1612 y el de Nuestra Señora de Guadalupe en 1614, por los franciscanos. Más tarde, los mercedarios fundarían el Colegio Mayor de san Pedro Nolasco en 1626; y el Colegio Mayor de santo Tomás sería fundado por los dominicos en 1645.

También se debe a la iniciativa de la Iglesia la fundación de los primeros hospitales. El de san Andrés para los españoles en 1550; el de santa Ana para indios en 1550; el de san Cosme y san Damián para españolas y criollas en 1559; el del Espíritu Santo para navegantes en 1573; el de san Lázaro para llagados y leprosos en 1563; el de san Diego para clérigos en 1594 y el de Nuestra Sra. de Atocha para niños expósitos hacia el año 1600.

En cuanto a conventos de religiosas, el primero del Perú fue el de la Encarnación, de agustinas. Tuvo su origen en el beaterio de san Agustín fundado por doña Leonor de Portocarrero y su hija doña Mencía de Sosa, el año 1557, en el barrio de san Sebastián. En 1561 fue reconocido como convento de monjas canónicas de san Agustín. Eran 300 religiosas y, con criadas incluidas, unas 700 personas. De este monasterio salieron religiosas para fundar los conventos de la Concepción, Santísima Trinidad y santa Clara. El monasterio de la Concepción fue fundado por doña Inés de Muñoz y de Rivera y María de Chávez. Se fundó en 1573. Eran concepcionistas franciscanas y

llegaron a ser unas 250 religiosas sin contar las sirvientas. El convento de la Santísima Trinidad se fundó en 1579 junto a la iglesia de san Marcelo, donde estuvo hasta 1605 en que se cambió al lugar actual. Lo fundaron Juan de Rivas y su esposa Lucrecia de Sonsoles, que fue la primera abadesa. En 1635 se sabe que tenía unas 140 religiosas.

El cuarto convento fue el de santa Clara, fundado en 1604 por santo Toribio de Mogrovejo con el aporte económico del portugués Francisco de Saldaña, quien donó para ello toda su hacienda. Eran religiosas franciscanas. Hacia 1615 se fundó el monasterio de las Descalzas de san José, cuya fundadora fue doña Inés de Sosa. En 1635 tenía 80 religiosas.

Santa Rosa quiso entrar en una oportunidad en el convento de santa Clara y no aceptó la invitación a entrar en el de las Descalzas de san José. Ella deseó entrar en un convento dominico y hubiera querido fundarlo, pero no se consiguieron los permisos necesarios. Sin embargo, profetizó varias veces que ese convento dedicado a santa Catalina de Siena se fundaría en la ciudad, y trabajó por conseguirlo, aunque no llegó a realizar su fundación, que se hizo realidad en el año 1624. En 1709 se fundó el convento de santa Rosa.

En cuanto a la ciudad de Lima, diremos que en 1613, según el censo realizado por el virrey marqués de Montesclaros, tenía 24.454 habitantes. De ellos 9.616 eran españoles y criollos; 1978 indios, 10.836 negros; 744 mulatos y 192 mestizos; además otras razas.

Los limeños estaban felices de su ciudad, que en aquellos tiempos era una gran ciudad donde brillaba la fe católica. Dice a este respecto el cronista español padre Bernabé Cobo: *La piedad es mucha. Indicio no pequeño de esta piedad es la reverencia y respeto con que se tratan las cosas sagradas; la riqueza, ornato y majestad con que se sirve el culto divino; la reverencia a los sacerdotes, el gusto y aprecio con que se oye la divina palabra y la afición a todo género de virtud en que siempre se hallan las personas muy aprovechadas, no sólo del estado eclesiástico, sino también muchos seglares, hombres y mujeres, tan dados a la oración, mortificación y a todo ejercicio propio de gente devota, que pueden ser maestros de vida espiritual y perfecta*¹.

También es hermoso anotar que en tiempos de santa Rosa, aunque había muchas cosas negativas como la esclavitud y muchos pecadores, también había muchos buenos cristianos. El Perú floreció en frutos de santidad: Santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), san Francisco Solano (1549-1610), san Martín de Porres (1579-1639), san Juan Macías (1585-1645). En Arequipa floreció la beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo (1602-1686). Y podemos citar a los siervos de Dios: Diego Martínez (1542-1626), jesuita; Luis López de Solís (1535-1606), agustino; Gonzalo Díaz de Amarante (1540-1618), mercedario; Juan Sebastián de la Parra (1546-1622), jesuita; Pedro Urraca (1583-1657), mercedario; Juan de Alloza (1597-1666), jesuita; y Francisco del Castillo (1615-1673), jesuita.

¹ Cobo Bernabé, *La fundación de Lima*. En *Obras del padre Bernabé Cobo*, Madrid, 1956, tomo 1, libro II, cap. VI, p. 177.

Como vemos, Rosa vivió entre santos. No es casualidad, dado el ambiente espiritual de aquel tiempo, que surgieran junto a ella otros cuatro santos, una beata y siete siervos de Dios. Y esto sin contar a santa Mariana de Jesús Paredes (1618-1645), la azucena de Quito, que también pertenecía al virreinato del Perú y el venerable Francisco Camacho (1629-1698), religioso de san Juan de Dios.

Entre todos ellos, Rosa brilla con una luz especial y se ha ganado el cariño del mundo entero. Y un dato curioso al respecto es lo que cuenta el cronista jesuita Bernabé Cobo. Dice que en 1525, alguien llevó semillas de rosas a Lima. Se mandó celebrar una misa con la semilla puesta sobre el altar para que la bendijese el sacerdote. Y el éxito fue rotundo, porque ha sido una de las plantas que más se ha extendido en las Indias. Y, precisamente, las primeras rosas que florecieron en el Perú, lo hicieron en el lugar donde se levantó la casa de santa Rosa y el hospital del Espíritu Santo, que colindaba con ella. ¿Habría sido una simple casualidad? Para Dios no existen casualidades. Él preveía ya por adelantado que una Rosa brillante surgiría allí mismo e iluminaría al mundo entero.

SUS PADRES

La madre de santa Rosa se llamaba María de Oliva y Herrera. Era criolla, es decir, descendiente de españoles, nacida en Lima. Su padre se llamaba Francisco de Oliva y su madre, viuda ya al nacer Rosa, se llama Isabel Herrera.

La madre de santa Rosa era una mujer muy religiosa. Se autodefine en el Proceso de canonización *como cristiana temerosa de Dios y de su conciencia*². Según vemos por los testimonios de los testigos del Proceso, era una mujer de recia personalidad, de buenos sentimientos, pero de carácter fuerte, que quiso imponer sus opiniones a su hija, haciéndole sufrir mucho, por no comprenderla.

Sobre su padre, suele afirmarse que era natural de Puerto Rico, como así lo dice él mismo en el Proceso. Sin embargo, la palabra *natural* también puede referirse al lugar de su residencia, pues allí vivió varios años. Según investigaciones bien fundadas, parece que nació en la villa de Baños de Montemayor (provincia de Cáceres) en España, en 1525.

Hay un manuscrito, propiedad de doña Vicenta Sánchez Fabrés, viuda de don José Flores Miña, pariente de santa Rosa de Lima. Este manuscrito lo escribió el padre Bartolomé Martín Flores en 1678. En él afirma ser primo segundo de santa Rosa de Lima. Dice que su madre Catalina era hija de otra Catalina, hermana de santa Rosa.

Hay un testamento del abuelo de santa Rosa, llamado Luis Flores, padre del padre de Rosa, Gaspar Flores. El abuelo Luis Flores hace testamento en 1584 en favor de sus

² Proceso, p. 377.

nueve hijos, entre los que está Gaspar Flores que, según dice el documento, pasó a las Indias. Se habla de que Gaspar Flores marchó a Puerto Rico y se casó en Lima y esto está autenticado por notario público.

También hay en el convento dominico de san Esteban, de Salamanca, un documento sobre la profesión religiosa de un sobrino de Gaspar Flores, llamado fray Juan Flores, que se llamó de religioso fray Juan de santa María. Profesó en Salamanca en 1595 y los Superiores lo enviaron al Perú.

En el manuscrito de Bartolomé Martín Flores se dice que una señora del pueblo de Baños, llamada María Sánchez, servía en la casa de María Flores, hermana de Gaspar Flores y madre de este dominico, primo hermano de santa Rosa. La citada María Sánchez recuerda haber oído a fray Juan Flores que quería ir al Perú para ver a su tío Gaspar Flores que, según le habían escrito otros religiosos desde aquellas tierras, estaba casado en Lima.

En ese manuscrito se dice también que los hermanos Gaspar Flores le reservaron su parte de herencia, porque nuestro hermano Gaspar Flores está en Lima hace años, y no sabemos si está muerto o vivo; y será bien que su legítima (herencia) se le secuestre y administre por si acaso vuelve a este lugar.

También se cita el testimonio de un anciano del pueblo de Baños que afirma que *esta santa (Rosa) es originaria de los Flores de Baños, que fueron muchos años a las Indias por soldados de la Armada*. Preguntado cómo lo sabía, respondió que su padre, que los había conocido, se lo había dicho.

Sobre la abuela de santa Rosa, Isabel de Herrera, se dice en el margen derecho del manuscrito que era natural de Zafra en España; algunos dicen que lo fue de Navacarros, aldea a una legua de distancia de Béjar³.

Dejando de lado la cuestión del nacimiento del padre de Rosa, lo cierto es que Gaspar Flores vivió varios años en Puerto Rico, a donde llegó con dieciocho o veinte años (1543-1545). En 1548 se embarca para el Perú como soldado y el 9 de abril de ese año estuvo en la batalla de Jaquijahuana en la pampa de Anta, donde se terminó la rebelión de Gonzalo Pizarro. El 9 de marzo de 1557, con sus 32 años, ya tenía una plaza de arcabucero en la guardia virreinal en Lima.

El cronista fray Diego de Ocaña, que llegó a Lima el 23 de octubre de 1599 menciona que había en Lima dos compañías de gentiles hombres muy honrados, la una de arcabuces con 50 hombres y la otra de lanzas con 100 hombres. Y escribe: *Las*

³ El texto original del manuscrito del padre Bartolomé Martín Flores lo publicó en la revista Archivo dominicano, el padre Ramón Hernández Martín del convento de san Esteban de Salamanca, año 1989, N° X, pp. 5-51. Otro libro sobre este tema ha sido escrito por Juan Muñoz García, cronista de Béjar en su libro *Gaspar Flores, padre de santa Rosa de Lima, que nació en el término de la antigua villa de Béjar*, Madrid, 1962; otro libro interesante es el publicado por José Bonilla Hernández, titulado *Manuscrito sobre la patria del padre de santa Rosa de Lima*. Estudios históricos en honor de don Florencio Marcos. Editado por la Caja de Ahorros de Salamanca y Soria, Salamanca, 1992.

compañías son muy lucidas y de gente muy honrada y mal pagada. Ilustran mucho la ciudad, porque tienen buenos morriones y grabados y muchos penachos. Y salen de continuo muy galanes y bien aderezados con sus trompetas y estandartes que lucen mucho, particularmente en una entrada de un virrey como yo vi, cuando entró el conde de Monterrey, que lo que más lució fueron estas dos compañías de arcabuces y lanzas⁴.

Gaspar Flores se casó en 1577 a la edad de 52 años, siendo suboficial de arcabuceros con un sueldo de 500 pesos, con María de Oliva de 18 años en la parroquia del Sagrario de Lima.

La casa de Gaspar Flores, desde su llegada a Lima, estaba a la espalda del hospital del Espíritu Santo, en la calle de santo Domingo, cuyo convento cercano había visto crecer con su monumental iglesia, donde se venera una imagen de la Virgen del Rosario, llevada de España por los primeros religiosos dominicos y que era un regalo de Carlos V a la ciudad de Lima.

La casa tenía un huerto de amplias proporciones. Era casa grande, pero se hizo pequeña para tanta prole, pues tuvieron 13 hijos.

- Gaspar Flores de Oliva, el primogénito bautizado en la parroquia de san Sebastián el 1 de junio de 1579. Fue soldado, sirviendo en las guerras de Chile, donde alcanzó el grado de capitán.
- Bernardina Flores de Oliva, bautizada el 13 de junio de 1581. Murió en Quives a los 14 ó 15 años.
- Hernando Flores de Herrera, bautizado el 24 de mayo de 1584. Se dedicó a la agricultura y murió en 1627.
- Isabel Flores de Oliva, nuestra santa.
- Francisco Flores de Oliva, bautizado el 56 de junio de 1590. Murió jovencito.
- Juana Flores de Oliva, bautizada el 11 de setiembre de 1592. Salió en la procesión en honor de santa Rosa en agosto de 1669.
- Antonio Flores de Herrera, bautizado el 8 de julio de 1594. En 1688 vivía en la sierra sur del Cuzco. El virrey conde de Lemos, en carta de ese año, lo recomendó a la reina gobernadora de España.
- Andrés Flores de Herrera, bautizado el 21 de setiembre de 1596. Vivía en 1620.
- Francisco Matías de Oliva, vivía en 1620.
- Jacinta Flores de Oliva, bautizada el 25 de abril de 1603 de emergencia, a los dos meses de edad.

A ellos hay que añadir tres niños o niñas, que debieron morir pequeñitos, pues parece que ninguno de ellos llegó a bautizarse.

Era una familia numerosa, muy cristiana, pero de recursos económicos muy limitados. El padre Antonio de Vega Loaysa, jesuita, que los conoció, dice que *eran*

⁴ Velasco Salvador, *Rosa de santa María*, Ed. OPE, Guadalajara (España), 1981, pp. 26-27.

*personas de conocida piedad y cristiandad, aunque pobres y necesitados*⁵. También dice que Rosa era de *naturaleza corpulenta y fuerte como de sus padres y hermanos, que todos son fornudos y de complexión corpulenta y recia*⁶.

SU INFANCIA

Nació Rosa el 30 de abril de 1586, aunque algunos dicen que fue el 20 de abril. Fue bautizada el 25 de mayo de ese año en la iglesia de san Sebastián, en la pila bautismal que todavía se conserva. Era el domingo de Pentecostés y le pusieron por nombre Isabel. Dice el acta de bautismo: *El domingo, día de Pascua del Espíritu Santo, 25 de mayo de 1586, bauticé a Isabel, hija de Gaspar Flores y de María de Oliva. Fueron padrinos Hernando Valdés y María Orozco. Firmado Antonio Polanco (párroco).*

Le pusieron el nombre de Isabel por su abuela Isabel de Herrera. Pero, a los tres meses, tuvo lugar un suceso que le cambió el nombre. Su madre lo cuenta así: *Le pusieron de nombre Isabel por Isabel de Herrera, madre de esta testigo y abuela de la bendita niña, y con este nombre de Isabel la fueron criando hasta que la bendita niña tuvo edad de tres meses poco más o menos; que estándola meciendo, una india criada de esta casa, en una cuna, teniendo cubierto el rostro la bendita niña, la dicha india se lo descubrió, por ver si había tomado sueño; y la vio tan hermosa que llamó a unas niñas que estaban labrando (cosiendo) para que la viesan. Y haciendo toda admiración, esta testigo, desde el aposento donde estaba las vio, y sin decirles cosa alguna se fue derecho donde estaba la niña, y como la vio tan linda y hermosa, y que le pareció que todo su rostro estaba hecho una rosa muy linda, y en medio de ella veía las facciones de sus ojos, labios, nariz y orejas; quedó admirada de ver aquel prodigioso suceso, y la tomó en las manos y empezó a hacer con ella mil alegrías, y mostrar su rostro y contento, y con esta demostración dijo: yo te prometo, hija y alma mía, que mientras viviere, de mi boca no has de oír otro nombre sino el de Rosa. Y así lo cumplió esta testigo, porque de allí en adelante siempre la llamó Rosa, y no Isabel*⁷.

Por este motivo, hubo algunas discrepancias entre la abuela y la madre de Rosa. La abuela la llamaba Isabelica y la madre Rosica⁸.

Su hermano Hernando, teniendo él diez u once años (tenía dos más que Rosa), observó *con cuidado, en que a la dicha bendita hermana la llamaban Rosa y no Isabel, que era el que tenía del bautismo, y cómo no le sabían dar los de casa otro nombre sino Rosa, y advirtiendo que era nombre poco usado y que nadie lo tenía sino ella, este testigo le dijo un día, estando enojado con ella, como sucede entre muchachos por niñerías: “Hasta el nombre que tienes te lo pusieron por hacerte burla; porque no hay quien se llame Rosa sino tú”. Respondióle: “No me llaman Rosa por hacerme burla,*

⁵ Proceso, p. 225.

⁶ Proceso, p. 232.

⁷ Proceso, p. 378.

⁸ Proceso, p. 402.

sino porque Dios lo quiso, y algún día alguno tendrá envidia a la Rosa”. Apurándola este testigo, algo sentido de que le dijese de que le había de tener envidia, dijo que se lo preguntase a su señora madre, por qué la llamaban Rosa⁹.

Su madre dice que Rosa, desde que tenía uso de razón, mostraba disgusto interior por llamarle así y un día se fue a confesar a santo Domingo. Y habiendo dado cuenta al confesor con quien se confesó y acusándose del disgusto que siempre tenía de oír que la llamasen Rosa, el confesor le dijo que no tenía razón de disgustarse de eso y que considerase que su alma era una rosa de Jesucristo. Y con aquello que el padre le dijo fue suficiente para ella; de manera que, cuando salió de comulgar, tomó su alma y la puso en el rezago de la Madre de Dios del Rosario y le suplicó que la recibiese y se la volviese intitulada de su nombre.

Y, estando en casa, le dijo a esta testigo, su bendita hija: “No hay sino llamarme Rosa de santa María aprisa, porque, mientras más me oyere nombrar con ese nombre, será siempre traerme a la memoria que mi alma es una rosa de la Madre de Dios. Y con esto tendré yo cuidado de tenérsela siempre fresca y limpia para cuando me pida cuenta de ella”. Esto lo decía con muy grande afecto y mostraba grandísimo gusto, cuando la llamaban con todo el nombre de Rosa de santa María y, por consiguiente, mostraba sentimiento cuando la llamaban Rosa tan solamente. Y decía que por qué le quitaban su nombre. Y en este nombre de Rosa de santa María se conservó hasta que murió¹⁰.

Por otra parte, su madre, aunque áspera de carácter, como dice el padre Pedro de Loaysa, la quería mucho y se preocupaba de ella, especialmente en cuestiones de salud. Pero también se preocupó de que aprendiera a leer y escribir. Cuenta su misma madre que, deseando que su hija aprendiese a leer y escribir, le dio una materia. Y, al otro día, halló la materia como que no la necesitara. Y esta testigo se enojó mucho con ella y la llevó a su confesor para que en presencia de esta testigo, la riñese; el cual la riñó y le mandó que hiciese lo que su madre le mandaba. Y, al día siguiente, vio esta testigo que la bendita Rosa, su hija, leía muy bien. Y le enseñó un papel que ella había escrito de una buena letra¹¹. ¿Quién le enseñó a leer tan rápido milagrosamente?

El contador Gonzalo de la Maza, en cuya casa vivió prácticamente los últimos tres años de su vida, cuenta una anécdota, cuando Rosa tenía cinco años. Díjole a este testigo la dicha Rosa que, siendo como de edad de cinco años, en ocasión que estándose entreteniéndose en ejercicios de aquella edad con un hermano suyo, llamado Hernando, que era dos años mayor que ella, y teniendo... un cabello rubio y gracioso, su hermano se lo había maltratado y ensuciado, y visto por ella, había comenzado a llorar y el dicho su hermano le había dicho que por qué lloraba, que si supiera que por los cabellos estaban muchas almas en el infierno, que no llorara por los cabellos, y que estas razones se le habían estampado en el corazón, de manera que considerándolas,

⁹ Proceso, p. 516.

¹⁰ Proceso, p. 378.

¹¹ Proceso, p. 433.

había tomado en su alma un gran temor, de modo que desde aquel tiempo no cometiera cosa que entendiera ser pecado y ofensa de Dios Nuestro Señor por ningún caso¹².

Refiere su madre que, a la edad de cinco o seis años le vino la tiña. *Se la curaba esta testigo, echándola a la cabeza cosas muy fuertes. Y se le vinieron a hacer muchos tolondrones (escoriaciones) y una llaga muy grande. Y respecto de verla tan lastimada que estaba la cabeza hecha una carne, y llena de unos botones, le fue forzoso a esta testigo llamar a un cirujano. El cual la curó en 42 días, lavándole la cabeza con vino y piedra lipis y le polvoreaba con alumbre quemado. Y en ésta y en todas las demás enfermedades estuvo con una paciencia increíble sin demostración que era ella la que padecía ni tenía dolores, antes en medio de ellos, pedía cantando al Señor que le diese más y más dolores y paciencia con ellos¹³.*

Por otra parte, uno de sus confesores, el padre Pedro de Loaysa, declara que siendo la bendita Rosa de santa María de cinco años *empezó a tener oración vocal y era de esta manera: “Jesús sea bendito y sea con mi alma. Amén”. De modo que, desde entonces, le quedaron fijadas en el corazón y durmiendo y velando, a solas y acompañada, interiormente las decía. Y en esta edad hizo voto de virginidad¹⁴.*

También desde los seis o siete años, empezó a ayunar y ayunó miércoles, viernes y sábado a pan y agua; en particular desde que tuvo diez años. Ayunó con gran cautela por su madre, que se lo estorbaba por verla niña¹⁵.

ESTANCIA EN QUIVES

En 1596, cuando Rosa tenía unos 10 años, su padre decidió ir a vivir a Quives, en el camino a Canta, a unos 60 kilómetros de Lima, donde estuvo de administrador de unas minas de oro y plata. Allí vivieron solamente cuatro años, pues parece que no le fue bien y tuvo que regresar a Lima y retomar la plaza de arcabucero del virrey.

En Quives murió su hermana Bernardina que para ella era como su maestra en las cosas espirituales. Bernardina tenía 14 ó 15 años. Otro dato importante es que, estando en Quives, pasó por allí el arzobispo de Lima santo Toribio Alfonso de Mogrovejo en 1597 y la confirmó. Su padrino fue el sacerdote mercedario Francisco Gonzales. Sólo se confirmaron tres. La mayoría de la gente era pagana todavía.

Estando en Quives, tuvo algunas graves dolencias. Sabemos que, en dos o tres oportunidades, hubo necesidad de llamar al cirujano para curarle o un dedo o una herida infecciosa que le brotó en la oreja. Y en todo momento solía repetir la oración que era su consuelo desde niña: *Jesús sea bendito y sea con mi alma. Amén.*

¹² Proceso, p. 46.

¹³ Proceso, p. 386.

¹⁴ Pedro de Loaysa, *Vida de santa Rosa de Lima*, 1937, p. 11.

¹⁵ Ib. p. 15.

Según declara el señor Gonzalo de la Maza, *siendo de edad como de doce años, se había cortado la cabellera muy rubia con que se había criado; y, visto por su madre, la reprendió con castigo y aspereza y, viendo que sus ayunos y mortificaciones no bastaban para que los colores de su rostro se marchitasen, había tomado por remedio no beber jamás de agua en ayunas y echarse agua fría por los pechos y por las espaldas, aun estando vestida, de lo cual o de la divina ordenación y providencia, había resultado darle una enfermedad, siendo como de edad de trece años, de que estuvo tullida y en una cama mucho tiempo de pie y manos con dolores tan grandes de todo el cuerpo que no se podían explicar... y nunca le había faltado la paciencia y conformidad con la divina voluntad*¹⁶.

Su madre dice: *En esta enfermedad del tullimiento de pies y manos, esta testigo le ató en ellos y en ellas unos pellejos de buitres que son calentísimos; y esta testigo le preguntaba de cuando en cuando que cómo estaba y si le dolía mucho; a lo cual la santa respondía que sí dolía y esta testigo le decía que los dejase estar que ellos le quitarían el mal. Y, al cabo de cinco o seis días, preguntándole cómo iba, la dicha Rosa respondiéndole que le dolía mucho, se los quitó y vio que todo aquello que cubrió los pellejos estaba hecho una ampolla muy colorada, como quemada y llena de vejigas; a lo que esta testigo se asombró y le dijo, quedando admirada: “Jesús, hija, ¿cómo pudiste sufrir esto?”. Y ella respondió: “Si vuestra merced me mandó que no me lo quitara, ¿qué había de decir o hacer?”*¹⁷.

Actualmente, en el lugar donde se supone que estuvo la casa donde Rosa vivió en Quives, hay una capilla bonita, que es visitada por muchos devotos, especialmente el día de su fiesta, que en el Perú es el 30 de agosto.

EL DEMONIO

El demonio no podía permanecer indiferente ante tanta santidad de Rosa, y que tantas almas llevaba al cielo. Envidioso y padre de la mentira, se le presentaba de distintas formas para hacerla sufrir. Pero ella, valiente como siempre, todo lo ofrecía con amor a su esposo Jesús.

Ella le dijo en confianza a don Gonzalo de la Maza que *cuando el enemigo común de las almas, a quien llamaba el “patón” y el “tiñoso”, le venía con alguna tentación o pensamiento de los suyos, en dándose tres golpecitos en la corona (de púas que llevaba en la cabeza), quedaba libre*¹⁸.

Catalina de santa María, terciaria dominica, declara: *La bendita Rosa dijo a esta testigo que en uno de los días, el patón tiñoso le había escondido una cosa de la que ella tenía mucha necesidad. Esta testigo presumió que era la disciplina; y para vengarse del demonio por la burla que le había hecho, vio esta testigo que hizo que un*

¹⁶ Proceso, p. 51.

¹⁷ Proceso, p. 386.

¹⁸ Proceso, p. 53.

*hermano suyo llamado Andrés, le pintase en un papel la figura del demonio y, porque se lo había pintado con la figura hermosa, riñó con su hermano, diciéndole: ¡Qué mal hermano me dio Dios que fue a pintar al tiñoso hermoso! Y le rogó a otro hermano suyo, llamado Antonio, que se lo pintase feo y así se lo pintó muy feo y, después de haberlo pintado, lo echaba al suelo y lo azotaba y pisaba y escupía en él y hacía que esta testigo y otra hermana de esta testigo hiciesen lo mismo*¹⁹.

A veces, la tentaba con muchas torpes imaginaciones que le representaba, de manera que algunos tiempos que el Señor permitió que fuese en esto molestanda, andaba acongojadísima de ver ensuciar su alma según le parecía con tales torpezas. Y acudía a este testigo, como a su confesor, a pedirle remedio y consejo, pero siempre estaba firmísima en el amor del Señor y de la castidad. De manera que se afirma este testigo en lo que tiene dicho que, a su parecer, nunca pecó la dicha santa venialmente contra esta virtud.

También el enemigo la afligía exteriormente, mostrándosele en horrenda figura y, cargándose sobre sus hombros, la abrumaba y molía su cuerpo como ella misma contó a este testigo que le había sucedido una vez, que había quedado como quebrantada y hecha pedazos de aquella batalla, pero tenía tan gran confianza en el Señor que decía al demonio: “Haz maldito cuanto pudieres, que no me has de vencer, pues tengo en mi ayuda tan buen Señor”²⁰.

Una noche, el demonio se le apareció en figura de mastín, echando fuego por los ojos, y, embistiendo con ella la mordió y trajo arrastrando desde el lugar donde estaba orando, y llamando ella a su esposo Cristo en su ayuda, se desapareció; y ella quedó ilesa y sin ninguna herida... Otra vez, saliendo de la oración, le dio un golpe con una piedra grande, que dio con ella en tierra, y esta pedrada no le había hecho ningún daño²¹.

El padre Alonso Velásquez, prior del convento de santo Domingo y confesor suyo, declara que, levantándose ella una noche cerca de las doce de la noche para hacer oración y yendo a un jardincito que tenía en su casa, donde muchas veces la hacía, vio salir de entre unos árboles de plátanos una figura de hombre bien dispuesto y vestido de blanco y, llegándose a ella a quererla forzar, la bendita santa con un ánimo del cielo, llamando a Dios, comenzó a reprenderle y a afear el hecho con tan grande eficacia de palabras que el hombre o demonio, que a ella llegaba, tuvo por bien volver de espaldas y dejarla.

Y, saliendo la santa del jardín y volviéndole a cerrar con la llave, allí, en un patio que está antes de entrar en la puerta del jardín, se dio una disciplina (latigazos) con una cadena de hierro hasta que derramó mucha sangre de su cuerpo y con lágrimas en los ojos comenzó a quejarse a Dios y a decirle que cómo la había dejado en los

¹⁹ Proceso, p. 348.

²⁰ P. Juan de Lorenzana, Proceso, p. 332.

²¹ Fray Antonio Rodríguez, Proceso apostólico, folios 134-134v.

cuernos del toro; a lo cual le respondió Cristo Nuestro Señor: “Si yo no estuviera contigo, ¿vencerías?”. Con lo cual la santa quedó muy consolada²².

Doña María de Uzátegui refiere que la bendita Rosa, una noche, andando a buscar dónde encerrarse, estando en casa de esta testigo, se subió a un aposento alto y en él la inquietaron mucho los ratones; de modo que le fue forzoso bajarse de él y meterse en otro bajo, que servía de despensa. Y al entrar en él, sintió pavor y tornó a salir fuera y pidió una vela y dijo a la que se la dio que no dijese a las niñas dónde estaba para que no fuesen a inquietarla y que no le cerrase la puerta por fuera, que la dejase sin poner el cerrojo. Entrada dentro, atrancó la puerta por dentro y arrimó la vela allí a un lado. En mitad del aposento estaba una batea grande y dentro de ella una canasta. Y se metió dentro y allí empezó a recogerse, pareciéndole que había hecho mal en entrar con vela y que era de poco ánimo; que el patón y tiñoso, que así llamaba al demonio, se reiría; apagó la vela y se quedó a solas y luego, al momento, sintió por las espaldas que se le llegaba una cosa que a ella le parecía, allá interiormente, que era como que tenía pellejo o era salvaje y éste se le largó encima de las espaldas y la empezó a abrumar y atormentar y, estando en esto, salió esta testigo mucho después... y halló que estaba el aposento cerrado por fuera con el cerrojo y, preguntando quién tal hubiese hecho, nadie lo sabía.

Y muy quedito esta testigo quitó el cerrojo sin hacer ruido y... mandó que nadie llegase a la puerta y que la dejasen hasta cuando nuestro Señor fuese servido que ella saliese. Y preguntándole por la mañana esta testigo que cómo le había ido, le contó lo que tiene dicho que le había pasado dentro y que cuando apagó la vela, oyó echar el cerrojo, conociendo lo que era... Y en otra ocasión le dijo a esta testigo que una noche, estando en el oratorio, la había inquietado también el tiñoso mucho y, en particular, le había dado un golpe, a manera de bofetón, que la había arrojado al suelo²³.

Por su parte, el padre Bartolomé Martínez informa que un día Rosa le pidió a este testigo remedios para no dormirse en la oración, porque el tiñoso la apretaba mucho con el sueño. Y este testigo le respondió que hiciese lo que solía hacerse con un (adormilado), que era usar de vinagre y algunos pellizcos. Y la bendita Rosa se sonrió mucho del remedio que le había dado y le respondió: “Padre mío, no basta colgarme de los cabellos de un escarpio (clavo) para despertarme, ¿y bastará eso?”. De cuya respuesta quedó este testigo absorto y admirado²⁴.

PENITENCIA

Veamos algunas de sus penitencias que asustan a nuestra mentalidad occidental hedonista. Para algunos puede parecer masoquismo, pero todo era por amor: amor a su esposo Jesús y amor a las almas.

²² Proceso, p. 220.

²³ Proceso, pp. 127-128.

²⁴ Proceso, p. 358.

Doña María de Uzátegui, en cuya casa vivió los últimos tres años de su vida y que fue su confidente, declara que *desde los quince o dieciséis años hizo voto condicional (dependiendo de la obediencia a sus padres y confesores) de no comer carne y ayunar a pan y agua toda su vida. Y este voto lo guardó estrictamente hasta que falleció... Y, cuando la obligaban su madre o los médicos espirituales y corporales que comiese alguna cosa, fuera de lo ordinario, mayormente si era carne, luego le hacía mal y decía que todas o las más de las enfermedades que había padecido y padecía era por hacerla comer carne y otras cosas, porque se le acrecentaban los males y le daban calenturas. Una vez que le fue forzoso comerla, le quedó una muy grande falta de resuello y respiración. Y luego que lo dejó de comer, volvió a su acostumbrada abstinencia y tuvo mejoría*²⁵.

Una vez le dio *un dolor de ijadas (dolor entre las costillas falsas y las caderas) y con una sopa mojada en agua se le quitó y éste era el remedio para sus dolores grandísimos que padecía. También en los desmayos que padecía usaba de agua bendita, con la cual pronto sanaba y cobraba fuerzas*²⁶.

Como vemos, sus dolores eran más espirituales que corporales. Y Dios la alimentaba milagrosamente, pues se pasaba días y días sin comer nada o sólo a pan y agua y se le veía fresca como una rosa.

Algunos días de Cuaresma sólo comía casi por obligación unas pepitas de naranja con hierbas amargas, especialmente hojas de granadilla. Se pasaba dos o tres días sin beber y decía que el mucho beber le causaba sueño y, cuando bebía, bebía agua caliente, porque era menos agradable que el agua fresca²⁷.

Dice su madre que *cierta persona (doña María de Uzátegui) le enviaba cada domingo ocho acemitas (pan integral), pues había tomado a su cargo su sustento. Y la santa decía que no quería otro sustento para ella sino las acemitas. Y el domingo, cuando le traían las que había de comer la semana siguiente, sacaban de la celdita de lo que había sobrado la semana pasada de su sustento, unas veces seis, otras siete, otras semanas una y media. Una semana halló que había comido dos. Y cada acemita le parece a esta testigo que pesaba seis onzas (como 170 gramos)*²⁸. Muchas semanas sólo comía una o dos acemitas.

La señora Uzátegui nos dice: *Sucedió llevarla cinco o seis días de arreo (fiesta) y en todos ellos la vio comulgar y en estos días que comulgaba no comía en todo el día de ninguna manera hasta la noche, que salía de su aposento o del oratorio a hacer una comida y la hacía muy ligera; y algunas noches se quedaba sin hacerla. Y al otro día se levantaba y se iba a la iglesia y esta testigo iba con ella y llevaba un rostro tan encendido como una rosa; que a esta testigo le causaba grande admiración, porque*

²⁵ Proceso, p. 99.

²⁶ Pedro de Loaysa, o.c., p. 18.

²⁷ Proceso, p. 100.

²⁸ Proceso, p. 379.

*sabía que no había comido cosa alguna y que bien parecía que la sustentaba y tenía llena la comida que le daba Dios Nuestro Señor con su Cuerpo Santísimo*²⁹.

Esta es una de las maravillas de Dios: vivir sin comer. Jesús la alimentaba milagrosamente. En una oportunidad se hallaba en casa de sus padres *debilitadísima y con mucha necesidad de tomar alguna cosa de sustento y, como era tarde, no pudo enviar aviso a casa del contador. Así se puso en oración y en ella llevó su boca al santo costado de (la imagen) de Nuestro Señor y dijo: “Sustento y manjar de mi corazón y de mi vida, sustentad Vos a esta pobre sierva”. Y con esto cobró vigor y fuerza por la sangre de Cristo, Señor Nuestro, y así pudo ir por la mañana a comulgar, que era domingo*³⁰.

Ella apenas tomaba la mayoría de los días más que pan y agua. Estaba muy delgada. Así lo asegura doña Luisa Hurtado de Bustamante: *Cuando algunas veces la abrazaba, no parecía sino un costal de huesos, bien que de su rostro nada de esto se transparentase*³¹. Igualmente, fray Antonio Rodríguez afirma que *no tenía más que armazón y pellejo*³².

Le había pedido a Nuestro Señor que los ayunos no se echasen de ver en el rostro, como hasta entonces, y así se lo concedió Nuestro Señor; pues siempre tenía el rostro abultado y hermoso como una rosa³³.

Su hermano Hernando recuerda que *la bendita Rosa tenía el rostro lo más del tiempo tan entero, tan lleno y tan liso, tan blanco y muchas veces tan colorado que se podía decir que tenía cara de vender salud, porque con muy pequeñas... cosas que a sus hermanos oyese decir, se le ponían las mejillas tan encendidas en un color rosado que causaba admiración ver semejantes colores en quien tan mal se trataba después de años pasados de abstinencias*³⁴.

Otras penitencias que acostumbraba por amor a Dios y a los demás era darse todos los días disciplinas (latigazos). A veces, no se medía y tuvo que ponerle límite el padre Juan de Lorenzana. Dice este padre: *Fue necesario poner en esto alguna moderación, pero fue de manera que la dicha santa virgen con grandes ruegos y humildad sacó licencia para poder tomar cada noche una disciplina. Y, algunas veces, cuando se ofrecían algunas especiales necesidades públicas o particulares, pedía la dicha bendita Rosa a este testigo licencia para doblar el número de azotes*³⁵.

*La disciplina que usaba antes de que le fuesen a la mano (se lo prohibiesen) eran dos ramales de cadena de hierro*³⁶. Esta cadena, después que se la vedaron para efecto de disciplinarse, se la ciñó al cuerpo y la ciñó con candado y echó la llave donde

²⁹ Proceso, p. 99.

³⁰ Pedro de Loaysa, o.c., p. 78.

³¹ Proceso apostólico, folio 639.

³² Proceso apostólico, folio 128.

³³ Pedro de Loaysa, o.c., p. 17.

³⁴ Proceso, p. 520.

³⁵ Proceso, p. 327.

³⁶ Pedro de Loaysa, o.c., p. 20.

*nunca pudiera aparecer*³⁷. Hay una leyenda que dice que la llave la tiró al pozo que había en su casa y, por eso, el día de su fiesta es costumbre que sus devotos echen en el pozo, que existe donde estuvo su casa, cartas con sus deseos y peticiones.

Pero no se dice en ninguna parte que la tiró al pozo. Más bien, la señora María de Uzátegui afirma que *la dio a un padre de santo Domingo, su padre espiritual... Y una vez, dándole un gran dolor de ijada... como no tenía la llave para abrir el candado, hubo de abrir la cadena con un hierro que buscó y, al tiempo que se lo quitó, le dijo y certificó a esta testigo que pensaba que se le hacía pedazos el cuerpo. Y, al quitar la cadena del cuerpo, como estaba pegada a las carnes, sacó con ella pegada a la piel, el cuero y parte de la carne; y esta cadena hará dos años más o menos que se la tomó esta testigo, porque no se atormentase su cuerpo con ella... Y le dijo a esta testigo que con la cadena de hierro había tomado rigurosas disciplinas particularmente en una ocasión que se dijo en esta ciudad que se había de hundir todo y ella fue muy rigurosa con esta disciplina en todo su cuerpo*³⁸.

Aquí se refiere a algo que fue muy sonado. Estuvo predicando en Lima san Francisco Solano, que ya entonces era tenido por santo. Y, aunque él no afirmó con seguridad que Lima se iba a hundir y desaparecer, sino que podía suceder, si no se enmendaban; sin embargo, toda la gente lo entendió así. La ciudad entera se conmovió y se pasó la noche en vela y en oración. Las iglesias abiertas con el Santísimo expuesto y Rosa orando y dándose disciplinas con la cadena de hierro para salvar a la ciudad del supuesto castigo divino.

Otro instrumento divino de penitencia era su corona de espinas. La criada indígena Mariana de Oliva, que tenía su misma edad y que se había criado en su casa desde los dos años, afirma que debajo de la toca de su hábito llevaba una corona de espinas. *La corona era como de una pulgada de ancho, toda ella por la parte de dentro llena de puntas. Para ponérsela hacía que esta testigo le rapase la cabeza y lo hacía muy a menudo y hallaba la cabeza muy lastimada. Al cabo de dos años, poco más o menos, que usaba de ella, sucedió que su padre le llegó con la mano a la cabeza donde tenía la corona y le salieron unos hilos de sangre... Y esta fue ocasión para que su madre investigara. Y vino a saber que la causa había sido la corona que traía, que antes no lo había sabido. Y esta testigo muy de ordinario se la ponía a la bendita santa y le ataba una cinta blanca alrededor de la corona con que la encubría*³⁹.

Su cama era también para ella un instrumento de penitencia. Usaba para dormir maderos y ponía entre ellos pedazos de tejas que le incomodaban y no la dejaban descansar bien.

También declara su madre que *las almohadas que la bendita Rosa usaba y que esta testigo quitó de su cama fueron: primero, un adobe; en lugar de éste, puso una piedra*

³⁷ Ib. p. 21.

³⁸ Proceso, p. 101.

³⁹ Proceso, p. 405.

y, quitándole ésta, en su lugar puso un trozo de madera con un hueco, donde ponía la cabeza⁴⁰.

Y todo esto sin contar sus continuas enfermedades. Parece que tenía tuberculosis, pues escupía sangre. Su padre, Gaspar Flores, dice que *cada mes padecía la bendita su hija dolor de ijada y dolor en los pulmones y escupía sangre y grandes calenturas y otras enfermedades, que este testigo no se acuerda de los nombres de ellas. Y en todas ellas estaba con una grandísima paciencia y sufrimiento, sin mostrar en ninguna de ellas ni en otros trabajos, actos de impaciencia alguna. Y en todas las ocasiones decía que se hiciese la voluntad de Dios*⁴¹.

Todo por amor, todo por las almas, todo por Dios. Y Dios la llenaba de alegría con constantes éxtasis y maravillas que la hacían inmensamente feliz.

OBEDIENCIA

Como ya hemos podido observar a lo largo de estas páginas, Rosa era muy obediente a sus padres y a sus confesores. Don Gonzalo de la Maza manifiesta: *Todo el tiempo que este testigo comunicó (se relacionó) con la dicha Rosa de santa María y sus padres, la vio serles obedientísima en extrema manera. Y todo el tiempo que tuvo salud, que fue hasta cosa de dos años y medio a esta parte de modo que no podía trabajar, la vio este testigo con muy gran cuidado y amor de servir a los dichos sus padres en salud y enfermedad; porque, se iba a curarlos y regalar (darles gusto en todo), mientras tuvo salud. Y jamás dejaba la labor de las manos hasta media noche y más... Y oyó decir este testigo diversas veces y, en particular a su madre María de Oliva, que desde muy tiernos años los había ayudado con la continua labor de sus manos, que fueron muy primas (buenas) en cuanto hacía; de manera que parecía que en su cuidado y trabajo había librado Nuestro Señor el remedio de su casa... y este testigo vio algunas labores de sus manos, tan primas, curiosas y limpias que no parecía que se había llegado a ellas con manos de criaturas humanas*⁴².

*Todos los confesores testifican que fue obedientísima a sus padres y que siempre se acusaba que no les obedecía y servía como era razón en los oficios más bajos de la casa. Su madre dijo que no tiene palabras para significar su obediencia y dice más: que solía probarla en lo de las flores, diciéndole al contrario, y la santa las hacía así. Y diciéndole después de cansada que las deshiciese, porque no estaban buenas, solía decir: “Bien veía yo, madre mía, que no estaban buenas, pero lo hacía, porque usted lo mandaba”*⁴³.

Su madre la hizo sufrir mucho, porque era de carácter fuerte y quería a toda costa verla hermosa para que pudiera tener así un buen partido, considerando que no había

⁴⁰ Proceso, p. 381.

⁴¹ Proceso, p. 400.

⁴² Proceso, p. 48.

⁴³ Pedro de Loayza, o.c., p. 13.

otra opción para Rosa que el matrimonio. La quería obligar a arreglarse como hacen las mujeres jóvenes y eso le repugnaba a Rosa, que se había consagrado a Dios.

Su hermano Hernando afirma que, *desde muy tierna niña, renunció a todo género de atavío y ornato de su persona, porque su traje en el vestido y tocado más parecía de vieja que de niña y en este traje perseveró siempre, aunque su madre, a los principios, la perseguía y reñía persuadiéndole a que se compusiese y adornase, llamándola muchas veces desaliñada; no porque la bendita Rosa lo fuese, que antes era por extremo limpia y curiosa, sino porque no se cuidaba de aderezarse de manera que a los ojos del mundo pareciese bien, como es de ordinario en otras doncellas*⁴⁴.

Su madre asegura que *durante ocho o nueve años, poco más o menos, porque la bendita santa su hija no quería enrubiarse ni ataviarse, la castigó muchísimas veces y esto con mucha crueldad, aporreándola y tirándole de los cabellos, pellizcándola con toda su fuerza y dándole con una barra de membrillo sobre sus espaldas, procurando esta testigo con este género de castigo que le doliera todo lo que era posible para que por esta vía pudiese atraerla a su gusto*⁴⁵.

La criada Mariana relata que *un día vio una mujer las manos blancas (de Rosa) y se las alabó y le preguntó si se las curaba (cuidaba).. Y ella se fue luego a buscar cal viva..., y de tal manera se untó de cal que se levantaron unas ampollas que no se podía vestir en más de 30 días, si no era que esta testigo la vistiera, y padeció de ello muchos dolores y se le hincharon las manos y le salieron grietas por sólo haberle dicho la dicha mujer que las tenía blancas*⁴⁶.

Una tarde, dice su madre: *Esta testigo le dio unos guantes para que se los pusiese y con ellos le dio también cierta cosa para que se las untase. La dicha bendita su hija los tomó y se los puso de noche y por la mañana los volvió a esta testigo, diciéndole que se aprovechase de ellos que ella no quería guantes que tan caro le habían costado. Esta testigo le dijo: “¿Qué te pueden haber costado en una noche?”. Y la bendita santa le dijo que habiendo apagado la luz, vio que se ardía todo el aposento de llamaradas de fuego y a ella la traían entre el fuego de una parte para otra; y esto duró muy grande rato hasta que la dicha bendita Rosa advirtió que el daño le venía de las manos y se quitó los guantes y se limpió las manos. Y con esto sosegó el fuego y paró; y ella quedó con una paz y serenidad muy grande. Y así dijo que no quería más guantes que tanto le costaban*⁴⁷.

*Estando un día en cierta visita con su madre y otras señoras, la importunaron mucho que se pusiese en la cabeza una rosa y, viendo que no se movía a hacerlo, su madre se lo mandó y, por no dejar de obedecer y para juntamente mortificarse, cogió un alfiler y con la rosa se lo clavó en la cabeza de modo que fue necesario que otra persona y con fuerza lo sacase. De esta manera, obedecía*⁴⁸.

⁴⁴ Proceso, p. 518.

⁴⁵ Proceso, p. 389.

⁴⁶ Proceso apostólico, folio 526.

⁴⁷ Proceso, p. 390.

⁴⁸ Pedro de Loaysa, o.c., p. 14.

El contador Gonzalo de la Maza declara que *desde el principio de su vida había aborrecido en extremo el parecer bien a las gentes y, viendo que no aprovechaba con su madre, siendo de edad como de doce años, se había cortado una cabellera muy rubia*⁴⁹.

Desde entonces, tomó la decisión de vestirse con toca y hábito de san Francisco, quizás por insinuación de su abuela que tenía mucha devoción a san Francisco. Según la misma Rosa le contó a la señora Uzátegui, su madre no le permitía ponerse hábito y aprovechó para pedirle permiso a su padre, una vez que estaba enfermo, para orar por su salud. Su padre le *respondió que no tenía plata* (para el hábito) *y ella, deseosa de hacer el dicho hábito y ponérselo para excusar las dichas galas, pidió a un vecino plata y secretamente se hizo el hábito sin que lo supiese su madre y, cuando lo supo y lo vio, le dijo que le habían dado* (también) *licencia sus padres* (espirituales) *para que se lo pusiese y ella se lo puso y estuvo muy contenta; el cual hábito le dijo a esta testigo que lo trajo hasta hará once años que lo dejó y tomó el de santa Catalina de Siena*⁵⁰.

Y ella se sentía feliz con su hábito con el permiso de sus confesores y procuraba vivir en todo momento de acuerdo a su consagración a Dios.

CASTIDAD

El doctor Castillo, que fue su médico y confidente espiritual, afirma saber *de boca de dicha Rosa de santa María que desde edad de cinco años comenzó a tener muy grande oración y ofrecerse toda a Dios, profesando virginidad y abominando todo lo que era vanidad del mundo y ornato de su persona*⁵¹.

Ella misma le aseguró al señor Gonzalo de la Maza que, *siendo de edad de cinco años... había consagrado a Dios Nuestro Señor el don de su virginidad con voto, que de ello había hecho... Y este testigo... tiene para sí que cumplió dicho voto, no sólo de obras, sino también de pensamientos, como uno de sus padres espirituales se lo dijo a este testigo*⁵².

Su hermano Hernando anota que *nunca en toda su vida jamás le vio parte ninguna de su cuerpo descubierto, sino el rostro y las manos*⁵³. *Su madre recuerda que era tan grande su modestia y honestidad que, cuando tenía alguna enfermedad y le debían hacer alguna untura, era forzoso que la hiciese esta testigo como su madre. Y, aunque era su madre, había de ser de manera que no le viese su cuerpo y, cuando le habían de hacer alguna sangría, pedía que el barbero ni fuese conocido ni supiese a*

⁴⁹ Proceso, p. 51.

⁵⁰ Proceso, pp. 96-97.

⁵¹ Proceso, p. 29.

⁵² Proceso, p. 46.

⁵³ Proceso, p. 517.

quién había de hacer la sangría; y se hacía cubrir todo el brazo de manera que no quedase descubierta más que la sangradera⁵⁴.

Era tan modesta y recatada en el sentido del oído que no podía de ninguna manera sufrir que en su presencia se hablase en deshonor de nadie ni cosa que no fuese lícita y permitida... Y, si algunos niños cantaban delante de ella algunos cantares o palabras que no sonasen bien, luego lo estorbaba y les enseñaba otro cantar a lo divino, por excusar que no cantasen cosas profanas. En su mirar, era tan recatada y cuidadosa que admiraba a esta testigo... y, cuando hablaba con alguna persona de cualquier calidad que fuese, nunca la vio esta testigo alzar sus ojos para mirarles el rostro, particularmente si eran hombres⁵⁵.

Don Gonzalo insiste en este punto, diciendo que *en los oídos, fue admirable y era tan casta y pura en ellos, que por ningún caso podía asistir a pláticas que no fuesen espirituales y en orden al bien de las almas y servicio y alabanza de Nuestro Señor; y si sucedía que alguna persona comenzaba a tratar pláticas seculares, con muy grande modestia las procuraba hacer cambiar o se ausentaba de la conversación, como este testigo lo vio en su casa diversas veces⁵⁶.*

Relata su hermano Hernando que, teniendo él unos seis o siete años (Rosa tendría cuatro o cinco) *nunca la vio tratar, hacer ni decir cosa mundana; y, si alguno delante de ella decía alguna palabra o cantarcillo, que tuviese alguna apariencia de deshonestidad o fealdad, se avergonzaba de oírla y los acusaba a sus padres. Y este testigo notó, en muchas ocasiones que se ofrecían, que su hermana se juntaba con otras niñas y ellas jugaban a las muñecas; pero nunca la bendita Rosa las apeteció.*

Y un día vio este testigo que habían las niñas traído sus muñecas para jugar con ellas, la dicha su hermana se apartó de las demás niñas y persuadiéndola que llegase a jugar, les respondió que no quería llegar sus manos a tan mala cosa como las muñecas; porque decía que en una muñeca había hablado el demonio; y así se estuvo lo más de la tarde sola, apartada en un rincón, por no llegar a las muñecas. Y llegando este testigo a ella, le dijo: “¿Es posible Rosa que quieras más estarte en este rincón, lleno de estiércol y pulgas, que con aquellas niñas?”. Le respondió: “Déjame, que aquí, aunque está tan sucio y haya muchas pulgas, está Dios; y entre aquellas muñecas quizás no está Dios”⁵⁷.

Quizás este hecho de las muñecas se refiera a algo que ella había podido oír en su casa de que un ídolo de madera del dios indio Pachacamac hablaba y respondía a quienes acudían a él con preguntas. ¿Acaso no era un ídolo de piedra el diablo que decían que hablaba en el valle del Rímac? Es probable que, para su mentalidad de niña, pudiera confundir esos ídolos con las muñecas y de ahí sus miedos infantiles. De todos modos, lo importante es que quería ser tan fiel a Dios y amarlo tanto que no podía

⁵⁴ Proceso, p. 378.

⁵⁵ Doña María de Uzátegui, Proceso, pp. 97- 98.

⁵⁶ Proceso, p. 47.

⁵⁷ Proceso, p. 517.

permitirse ni en el más pequeño pecado y quería ser fiel hasta en los más mínimos detalles.

CARIDAD

Su caridad era sin límites y todos sus sufrimientos y penitencias eran por la salvación y santificación de los demás. Su amor a Jesús, su divino esposo, le hacía identificarse con Él en este deseo incontenible de conseguir la salvación de todos los hombres. Por eso, era celosa de su tiempo y no quería perderlo en visitas infructuosas o en conversaciones inútiles. Con frecuencia, debía recurrir a estratagemas para librarse de las visitas que le quitaban la paz y la sacaban de su soledad.

Su misma madre declara: *Era tan amiga de la soledad y de no salir a visitas que las excusaba cuanto le era posible y, por no salir a ellas, procuraba untarse los párpados de los ojos con ajíes fuertes que la hacían encender los ojos de tal suerte que se le paraban muy encendidos y colorados y destilaba de ellos mucha agua. Y esto duró más de dos años sin reparar esta testigo en lo que podía proceder hasta que advirtió que todas o las más veces que tenía aquel accidente era al tiempo que había de salir a visitar o ir fuera con visita. Un día, una señora principal la quiso llevar a Nuestra Señora de Monserrate.*

Estando en la puerta esperándola y habiendo estado la dicha bendita Rosa primero sin el dicho accidente, ocupada en su labor, en un instante la vio esta testigo con el accidente y salió a decir a la dicha señora que la Rosa estaba con el accidente de los ojos que solía, que la tuviese por excusada, y se fueron sin ella. Y, después de idas, esta testigo, con la licencia de madre, llevó su lengua y labios a los ojos de la dicha su hija y echó de ver que era ají y muy fuerte, que en España llaman pimienta de las Indias. Y le dijo esta testigo: “Embustera, con los ojos te burlas”. A lo cual, respondió: “No quiera Dios que yo haga embustes... Muchas veces sería mejor que los ojos se quebrasen que no ver cosas que a Dios ofenden”⁵⁸.

La criada Mariana de Oliva nos cuenta que, *en una ocasión, queriéndola su madre llevar fuera, se hizo caer una piedra encima de un dedo pulgar del pie, que se lo lastimó, y luego dijo a su madre que no podía ir, porque tenía lastimado el dedo. Y su madre la hizo quedar y la bendita Rosa dijo a esta testigo: “Eso quiero yo, quedarme, porque de ir a visitar no se gana nada”⁵⁹.*

El padre Luis de Bilbao declara que *tenía grandísima caridad para con los prójimos, compadecíase mucho de sus necesidades corporales y espirituales y, muchas veces, este testigo le pidió encomendase a Dios algunas necesidades y con tanta liberalidad repartía de sus buenas obras, ayunos, disciplinas, oración y otras obras, como si en esto no diese nada; de manera que siempre ofrecía más de lo que se le*

⁵⁸ Proceso, p. 385.

⁵⁹ Proceso, p. 406.

*pedía. Hacía oración especial por el estado de la Iglesia católica, por las almas del purgatorio, por la conversión de los infieles y pecadores y, muy en especial, por esta ciudad de Lima, a quien tenía grande amor por ser su patria. Tenía tan grande deseo de la conversión de las almas que muchas veces le decía a este testigo... Procure convertir almas y ganarlas para Dios, no predique curiosidades*⁶⁰.

A fray Antonio Rodríguez, le decía: *Padre, pues le ha hecho Dios predicador, no gaste el tiempo en conceptos y flores, sino en persuadir virtudes y disuadir vicios, porque por estos caminos se ganan muchas almas para Dios... Si yo fuera predicador, iría descalza con un cilicio y un Cristo de noche y de día, dando voces por las calles para que mi Dios no fuese ofendido*⁶¹.

Les decía a sus confesores: *¡Oh, quién fuese hombre sólo para ocuparme en la conversión de las almas! Y así exhortaba a todos los predicadores para que convirtiesen muchas almas y que fuesen a reducir a Dios a los indios idólatras de esta tierra y que pusiesen en esto el blanco de sus estudios. Y concertó con uno de sus confesores que le diese él la mitad de las almas que por sus sermones convirtiese y que ella le ofrecía la mitad de todas las obras buenas que hiciese. Y esto lo hizo la santa para aficionarle a que sólo se ocupase en este ejercicio*⁶².

Por otra parte, a sus padres los atendía siempre en todas sus necesidades. Relata el padre Antonio de Vega, jesuita, que *aunque estuviese enferma y achacosa como de ordinario lo estaba, en viendo o sabiendo o entendiendo que su padre o su madre o cualquiera de sus hermanos y de las demás personas de su casa y servicio estaban indispuestas o enfermas, al punto, aunque estuviese en cama... cobraba ánimo y esfuerzo y aliento e iba volando a socorrer la dicha necesidad y a curar y servir... lo cual vio este testigo, porque la bendita Rosa se lo decía...*

*Además, procuraba por todas las vías posibles socorrer la pobreza y necesidad de sus padres, para lo cual muchas veces, laboraba (cosía) y trabajaba y acababa tareas de dos o tres mujeres, así en costura y labores como en rosas y flores y otras cosas de manos en que era velocísima y curiosísima... Y otras veces, buscaba trazas y medios santos y discretos para que sus hermanos tuviesen ocupación y trabajasen y ganasen de comer para sí y para los dichos sus padres... Y todos los regalos y limosnas que personas principales, pías y caritativas, hacían a la sierva de Dios, luego al punto lo repartía todo y daba a los dichos sus padres y hermanos sin reservar para sí ninguna*⁶³.

En cuanto a su prójimo, su padre Gaspar Flores, tan parco en palabras, pues tenía ya 92 años, declara en el Proceso que *su bendita hija era mujer de grande caridad con su prójimo y conoció en ella y de su caridad que, si pudiera atraer a su casa el hospital, lo hiciera para ejercitarla con los pobres*⁶⁴.

⁶⁰ Proceso, p. 373.

⁶¹ Proceso apostólico, folios 133-133v.

⁶² Padre de Loaysa, o.c., p. 101.

⁶³ Proceso, p. 229.

⁶⁴ Proceso, p. 400.

Su madre, por su parte, afirma: *Por ejercitar la caridad con su prójimo traía a casa de esta testigo algunos enfermos negros, indios pobres y necesitados, aun de enfermedades asquerosas, y los curaba con gran caridad sin extrañar ningún mal olor ni hacerle asco. Y sabe esta testigo que, por su rara caridad, fue causa de que una negra que curaba en su casa recibiese el bautismo; porque hacía muchos años que ella daba entender que era cristiana y que se había bautizado en Panamá, lo cual averiguó la bendita Rosa no ser bautizada y llamó al cura, el cual la bautizó. Y murió y dio gracias a Dios, puesta de rodillas, que hubiese sido ella parte para que aquella recibiese el santo bautismo*⁶⁵.

La criada Mariana refiere *que curaba a todos los que podía y, para este efecto, los traía a su casa, doliéndose de sus enfermedades sin reparar que fuesen negros o indios ni de enfermedades asquerosas*⁶⁶. Y esto es tanto más importante, porque en aquel tiempo los negros no tenían hospital propio. Los españoles tenían el hospital de san Andrés y el de la Caridad. Los indios tenían el hospital de santa Ana. El hospital de san Bartolomé para esclavos negros se fundó en 1648. Por eso, podemos decir que ella era la enfermera de los desamparados.

La señora Uzátegui recuerda que, *aunque estuviese ocupada en oración y recogimiento, habiendo algún moreno enfermo en casa de esta testigo, acudía a todas horas a curar y regalarle*⁶⁷.

Catalina de santa María declara que *acudía con grandísimo amor así a sus padres como a otras personas extrañas; y cuanto más humildes eran y pobres, con mayor afecto y entrañas de amor les acudía. Era comprensiva grandemente y lo echó de ver esta testigo en muchas ocasiones y señaladamente con esta testigo en los trabajos que tenía de una enfermedad grave de dolor de corazón que la vio compadecerse y condolerse mucho, consolando a esta testigo y diciéndole que deseaba poderla socorrer y ayudar en aquella ocasión*⁶⁸.

El padre Francisco Nieto asegura *haberle oído decir a la santa que el oficio que habría de tener en el monasterio que habría de fundar de santa Catalina de Siena, habría de ser de enfermera, ocupándose en servir a las enfermas... Y la bendita Rosa cuidaba mucho de encomendar a Dios a sus padres espirituales y a todos los religiosos de esta Orden y todas las necesidades que le encomendaban, compadeciéndose de ellas como si fueran propias*⁶⁹.

⁶⁵ Proceso, p. 387.

⁶⁶ Proceso, p. 407.

⁶⁷ Proceso, p. 131.

⁶⁸ Proceso, p. 352.

⁶⁹ Proceso, p. 316.

ORACIÓN

Siendo Rosa de unos cinco años, empezó a tener oración vocal, repitiendo constantemente: *Jesús sea bendito y sea con mi alma. Amén*. Esta oración, repetida noche y día, la hacía vida de su vida.

El padre Diego Martínez, jesuita y uno de sus confesores, declara que *entre otros ejercicios que tenía era el de agradecimiento y reconocimiento a Dios Nuestro Señor y cada día decía tres mil veces estas palabras: “Gracias a Dios”. Mil a la madrugada, mil a mediodía y mil por la noche. Y cada diez veces decía un “Gloria al Padre”, que eran 300 “Gloria al Padre” y esto acordándose del ser infinito de Dios y de sus infinitas perfecciones y de los infinitos beneficios que de su mano había recibido...Y (también) usaba de estas palabras: “Glorificado sea Jesucristo y Él sea con mi alma”. Y otras veces decía: “Glorificado sea Dios y Él sea con mi alma”. Y esto con tanta continuación interior que obra ninguna exterior ni hablar le impedía que dejase de repetir las dichas palabras. Y, por este medio, alcanzó grande perfección y singulares favores de Dios Nuestro Señor*⁷⁰.

A su confesor Juan de Lorenzana le dijo: *a cada puntada que doy con la aguja, hago alguna especial alabanza a Nuestro Señor*⁷¹.

El mismo padre relata: *Algunas veces, en medio de la labor de manos, acontecía aparecérsesele Nuestro Señor en forma de niño sobre la almohadilla de costura, causando con esto en su alma inefables gozos. Otras veces, en medio de la dicha costura, cantaba con gran regalo de espíritu alabanzas divinas diciendo algunas letrillas muy devotas que ella misma componía con que levantaba su espíritu al Señor. Y díjole a este testigo la bendita Rosa una vez, tratando de este punto del cantar: “Padre, quitarme a mí el cantar es quitarme el comer”*.

*Las noches, fuera de tres o cuatro horas, según la orden que el confesor le ponía, mandándole que aquéllas tomase para reposo del cuerpo, todo lo demás lo gastaba en oración y contemplación en la que recibía de Nuestro Señor singularísimos favores*⁷².

Según el padre Pedro de Loaysa, entre día y noche, tenía unas doce horas de oración. *Y nuestro Señor le hacía grandes mercedes dándole arrobos y suspensiones y éxtasis*⁷³.

Rosa era una persona muy alegre, aun en medio de sus sufrimientos y enfermedades. Jesús se le aparecía constantemente como niño y, a veces como adulto, haciéndole gozar por anticipado de las delicias del cielo. ¿Valía la pena ofrecerle la vida entera con todos sus dolores por la salvación del mundo? Sí, sin duda alguna, y ella se sentía la persona más feliz del mundo, teniendo a Dios en su corazón.

⁷⁰ Proceso, pp. 185-186.

⁷¹ Proceso, p. 326.

⁷² Proceso, p. 332.

⁷³ Proceso, p. 286.

Algo muy interesante en la vida de santa Rosa es que acostumbraba hacer vestidos espirituales a Jesús y a la Virgen María, bordados con oraciones, ayunos y disciplinas como un homenaje de amor. A veces, les ofrecía los meritos de estos vestidos espirituales a sus confesores o a las personas que más quería, como agradecimiento por lo que le ayudaban.

Veamos el vestido espiritual que le ofreció al padre Diego Martínez y que ella le escribió de su puño y letra en un papel: *Memoria de un vestido que yo, Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los ángeles, Virgen y Madre de Dios, comenzó hacer con el favor y ayuda de Nuestro Señor. La túnica interior ha de ser de seiscientas avemarías y seiscientas salves y quince días de ayuno, en reverencia del gozo santísimo que recibió, cuando el ángel le trajo la embajada, que había de encarnar el Verbo eterno en sus divinas entrañas.*

- *La tela de que ha de ser este vestido, ha de ser de seiscientas avemarías y seiscientas salves, y quince rosarios, y quince días de ayuno; en reverencia del gozo santísimo que recibió, cuando fue a visitar a su prima santa Isabel.*
- *La guarnición y bordado de este vestido, ha de ser de seiscientas avemarías, y seiscientas salves y quince días de ayuno; en reverencia del gozo santísimo que recibió, cuando parió a su hijo santísimo, mi Señor Jesucristo.*
- *Los broches con que se ha de salpicar este vestido, serán de seiscientas avemarías, y seiscientas salves, y quince días de ayuno; en reverencia del gozo santísimo que sintió, cuando presentó a su benditísimo Hijo al templo.*
- *El collar que ha de llevar será de seiscientas avemarías, seiscientas salves, y quince días de ayuno; en reverencia del gozo santísimo que sintió, cuando halló a su benditísimo Hijo, disputando con los doctores en el templo.*
- *Un ramillete que ha de tener en sus santísimas manos, ha de ser de treinta y tres padrenuestros y otras tantas avemarías, con sus gloria al Padre y otras tantas salves, y otros tantos rosarios de gracias a Dios. Y otros tantos rosarios de alabanzas a la Virgen en reverencia de la santísima edad de mi Señor Jesucristo.*
- *Y este vestido está acabado. Dios sea bendito y su santísima Madre supla por su gran piedad mis faltas y perdone mi atrevimiento⁷⁴.*

Al padre Luis de Bilbao, también confesor suyo por 14 años, le ofreció un rosario material y espiritual. Le dijo así: *Salga vuestra paternidad a la iglesia que le traigo un regalo. Salió este testigo y le dio la santa un rosario de raíz de rosa, menudo, de ciento cincuenta (cuentas), diciéndole: “Por lo mucho que lo quiero, le quiero dar este rosario que traerá consigo hasta que muera. Estímelo vuestra paternidad siquiera porque es de rosas y se lo da esta su hija, Rosa de santa María. Le he rezado a vuestra paternidad, en cada cuenta de estas ciento cincuenta, un rosario, ayunándole un día, he tenido una hora de oración mental y me he dado una disciplina. Este rosario, con todos estos actos, si son de algún merecimiento ante los ojos de mi Dios, se lo doy a vuestra paternidad. Mire que lo guarde mucho y no lo dé a nadie”. Y, desde aquel día,*

⁷⁴ Proceso, pp. 186-187.

*este testigo se lo puso al cuello y lo ha traído siempre consigo, estimándolo como preciosísima reliquia así en vida de la santa como después de su muerte*⁷⁵.

El mismo padre Luis de Bilbao escribió, en su declaración del Proceso, la oración que ella acostumbraba rezar y que ella misma había compuesto: *Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, creador y redentor mío, a mí me pesa de haberos ofendido por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas. Dios mío y verdadero esposo de mi alma, alegría de mi corazón, yo os quiero amar benignísimo Jesús, con aquel perfectísimo amor, eficazísimo amor, verdaderísimo amor, inefabilísimo amor, intensísimo amor, incomparable amor, incomprensible amor, incontrastable amor, invencible amor, que todos los cortesanos del cielo os aman. Y más os quisiera amar, Dios de mi corazón y de mi vida, quisiera os amar, regalo mío, tanto como la santísima Madre vuestra y Señora mía, Virgen Purísima, os amó, y más os quisiera amar, salud y alegría mía y de mi alma. Quisiera os amar tanto como Vos. Abráseme yo, deshágame yo, consúmame yo en el fuego de vuestro divino amor, benignísimo Jesús*⁷⁶.

Pero no todo era felicidad. Ella misma nos dice que durante 14 ó 15 años pasó por las angustias que los grandes místicos llaman noche del sentido y noche del espíritu, antes de llegar al desposorio y al matrimonio espiritual⁷⁷.

No era una noche cerrada continua. De vez en cuando, se abría el cielo y podía disfrutar de las alegrías celestiales. Ella misma le decía al doctor Castillo que, *cada vez que salía de esas tinieblas, sobreviniéndole la oración de unión, quedaba su alma, si es que se podía decir, como impecable. De tal manera que le parecía que por ningún modo ni manera su alma no podía pecar y que esto nunca se atrevía a decirlo*⁷⁸.

*Meditando en dicha unión y mirando al niño Jesús, le dijo el niño: “Rosa, amiga mía, despóstate conmigo”. Y que de este dicho día le vino grande aumento de suavísimo gozo y deleite... Y después de este desposorio, las ventajas y gozos eran tantos que no le podía acabar de decir*⁷⁹.

DESPOSORIO

La señora María de Uzátegui nos declara al respecto: *Un día, estando solas, (Rosa) me dijo: “Esta noche me hallé casada. Madre, (la trataba de madre), esta noche me casaron con un cantero. No sé cómo fue, pero me hallé casada... Soñé que estaba en casa de mi madre, donde me habían casado con el cantero. El cual me mostró unas piedras y me dijo que tuviese cuidado de labrarlas que él tendría (cuidado) de mis padres”. Se fue el cantero y ella quedó. Iba a labrar las piedras y,*

⁷⁵ Proceso, p. 373.

⁷⁶ Proceso, p. 272.

⁷⁷ Proceso, pp. 32-33

⁷⁸ Proceso, p. 34.

⁷⁹ Proceso, p. 35.

como estaban duras, labraba poco. Y acudía a las cosas que sus padres necesitaban y, de allí a mucho tiempo, vino el cantero y le preguntó qué era lo que había hecho y ella le mostró lo poco que había hecho y él la tomó de la mano y le dijo: “¿Pensáis que sois vos sola? Andad acá”. Y la llevó a una sala enfrente de donde estaba y, en abriendo la puerta, vio un gran número de doncellas muy lindas y muy ricamente aderezadas con guirnaldas en las cabezas y todas estaban labrando piedras y había muchas piedras a los lados, labradas de lindísimos colores; y todo el aposento estaba lleno de grandísima luz.

Las doncellas estaban destilando de los ojos lágrimas que caían en las piedras y las ablandaban para poderlas labrar. Ella se miró a sí misma y se vio con su hábito blanco y el cantero se volvió a ella y le dijo: “¿Qué os parece? No sois vos sola”. Y en esto se vio vestida como estaban las otras doncellas y, viéndose tan galana, quiso volver a su madre a decírselo y en esto despertó... Y esta testigo vio, en los hechos, que el cantero tuvo particular cuidado de enviarle a la dicha bendita Rosa con qué favoreciese a sus padres, pues estando algunas veces en necesidad... venían personas religiosas y devotas con algunas limosnas y esta testigo se las daba a la dicha bendita Rosa y le decía: “Mira, hija, qué buen cuidado tiene el esposo cantero”. Y ella las recibía con grande gozo, dando gracias a su esposo soberano por las misericordias que usaba con ella.

En otra ocasión, que fue la cuaresma pasada..., les dijo a esta testigo y al dicho contador su marido, que se desposaba la mañana de Pascua de resurrección. Y preguntándole esta testigo qué desposorio era aquel, les dijo lo que había pasado y había ordenado hacer, y era que el domingo de Ramos por la mañana, estando en Santo Domingo, después de la bendición de ramos y saliendo a la procesión, no le habían dado palma ni ramo, como solían otros años, y ella lo sintió naturalmente mucho y, pareciéndole que había hecho mal, se volvió a Nuestra Señora y le dijo con grande ternura: “No, Señora mía, no quiero palma de los hombres”...

Y con el afecto que le estaba mirando, vio que la Reina de los ángeles volvió su santísimo rostro a su hijo precioso, muy encendida y muy alegre y que luego el niño Jesús la volvió a mirar a ella, también con el rostro muy alegre y le dijo: “Rosa de mi corazón, sé mi esposa”; y ella con esta gran merced se había humillado delante del Señor y dijo: “Sí quiero, Señor”. Y con aquel cuidado y gozo que sintió su alma, poniendo aquella determinación en ejecución mandó hacer una sortija y, queriendo que en ella se pusiese un corazón con Jesús, llamó a un hermano suyo y le dijo: “¿Qué letras pondremos aquí en la sortija que me diga mi esposo a mí?”.

Y haciendo un cerquito del tamaño que había de ser para modelo de la sortija, tomó la pluma el hermano y puso en él las mismas palabras que el santísimo niño dijo a la bendita Rosa, sin habérselas dicho ni comunicado ella, de lo que quedó muy admirada y espantada; al ver que había acertado su hermano con aquella voluntad suya y de su dulcísimo niño.

Y así quedó concertado, que madrugasen el día de Pascua. Y esta testigo y la bendita Rosa llegaron a comulgar en la misa que dijo el padre maestro fray Alonso Velázquez, que tenía la sortija puesta debajo de los corporales. Acabada de decir la

*misa, volvió el dicho padre fray Alonso y le puso la sortija en el dedo, y esto fue con tanto recato y disimulación y secreto, que si esta testigo no estuviera sobre aviso, con estar a su lado, no lo viera de ninguna manera, como no lo vio su madre propia, ni otras personas. Y esta sortija la trajo en el dedo desde aquel día, en el dedo del corazón, hasta pocos días antes que muriese, que mandó la diesen, estando enferma de la enfermedad que murió, a doña Micaela de la Maza, hija de esta testigo*⁸⁰.

El desposorio tuvo lugar en el domingo de Pascua de 1617

LLAMADA DE ATENCIÓN

En una oportunidad, Jesús como esposo celoso le llamó la atención. A Rosa le gustaban mucho las flores y las cuidaba con mucho cariño para adornar con ellas al Santísimo o las imágenes benditas.

*Pues bien, habiendo la dicha soror Rosa plantado una mata de albahaca, de donde sacaba ramos para hacer ramilletes que llevaba los jueves al encierro del Santísimo Sacramento y a la Virgen del Rosario, un día la halló pisada y arrancada; y, estando afligida, se le apareció el Señor y le dijo: “¿Quién piensas que te arrancó la mata de albahaca? Yo he sido, porque quien me tiene a Mí, que soy la flor del campo, no ha de gastar flores de acá en la tierra, sino ocuparse en amarme”*⁸¹.

Lo que Jesús quiso enseñarle era que no debía afligirse por cosa alguna y que no debía estar tan apegada a las cosas de la tierra, que se olvidara de Él y no supiera aceptar su voluntad, aun en las cosas desagradables.

Sobre este suceso, el gran poeta catalán Jacinto Verdaguer (1845-1902) escribió una poesía, en la que habla de un lirio en vez de albahaca. Y dice así:

*No hay como Rosa de Lima,
si es para amar al buen Dios:
al rezar, un incensario
parece su corazón,
y el alma, una llamarada
que al cielo sube, de amor.
Para holgar, cándido lirio
en un tiesto ella plantó,
como una amorosa imagen
de Cristo Nuestro Señor.
Con sus delicados dedos
cava alrededor,
con agua la sed le apaga
que de sus manos en flor*

⁸⁰ Proceso, pp. 118-120.

⁸¹ Fray Antonio Rodríguez, Proceso apostólico, folios 128v-129

*derrama, cual mansa lluvia
que de los cielos bajó.
Yendo a regarlo así un día,
roto su lirio encontró
y la maceta en pedazos
por los suelos... Da una voz:
“¡Mi Jesús! -muy sorprendida-
¡Mi Jesús! ¿Qué veo yo?
¿Quién de este modo ha pisado
mi queridísima flor?”.
Jesús responde: “Yo soy
quien tu lirio ha destrozado,
pues, Rosa mía, otro amor
fuera del mío no quiero
que anide en tu corazón”⁸².*

JESÚS EUCARISTÍA

Fue devotísima del Santísimo Sacramento. Nunca estaba satisfecha de las pláticas que de esto trataban. Todas las veces que salía su Majestad fuera (en procesión) u oía la señal que para esto se hacía, era singular la devoción, la alegría y el gusto que mostraba. Cuando lo nombraban u oía nombrar, humillaba la cabeza y cuerpo con humillación profunda. Le ofendía cualquier desacato que en su presencia divina se hiciese. Su consuelo estaba en asistir en su presencia, principalmente cuando estaba descubierto (expuesto). Decía que, cuando a su Majestad así lo veía, eran inenarrables los júbilos de su alma. Todos los años que podía, asistía desde el Jueves, que se encerraba el Señor hasta el Viernes (Santo) sin comer ni beber. Y los viernes, de rodillas, sin moverse ni acudir a otra acción cualquier del cuerpo; lo cual notaban sus confesores y, admirados, decían cómo era posible que un cuerpo pudiese estar así como incorruptible.

Hacía flores y adornaba andas para el día del Corpus Christi y Jueves Santo... Comulgaba muy a menudo. Domingo y jueves (al principio), después le dieron licencia para que comulgase más veces. Los días de comunión no comía, porque era tal la presencia del Señor que no le daba lugar a comer hasta la noche y, entonces, se desayunaba con un poco de acemita. Para comulgar, se confesaba primero con muchísimas lagrimas... Esos días, sentía una hartura divina y una suavidad de dulzura tal que no había acá cosa a qué compararlo. Y, cuando venía al templo y podía, oía

⁸² *Obres Postumes*, Barcelona, 1908.

con particular gusto todas las misas que salían y con esto decía que recibía su alma singular gusto⁸³.

El padre Juan de Lorenzana, por su parte, nos dice: *No había para la santa virgen mayor gozo que encomendarle cosas para servicio del Santísimo Sacramento como era aderezar andas para la fiesta del Corpus, hacer flores y ramilletes y otras curiosidades para ornato del Monumento en la Semana Santa, pues tenía para esto gran gracia y manos muy primas. Y era tan incansable en trabajar en estas cosas que, cuando el sacristán mayor de este convento (Santo Domingo) se veía apretado en estas ocasiones, ya sabía que el remedio era Rosa de santa María, y decía a este testigo el padre sacristán que muchas mujeres juntas no trabajaban tanto como ella trabajaba sola*⁸⁴.

Asímismo declara el padre Pedro de Loaysa que *siempre la santa se ocupó en servir al Santísimo Sacramento en labrar (coser), cuando podía, corporales y palias y en particular en hacer ramilletes de seda para enviar a las iglesias para que los Jueves Santos asistiesen, como ella decía, en presencia de su celestial esposo... A este testigo le dijo la santa que todas las veces que recibía a Nuestro Señor parecía **que el sol de este cielo que vemos se le pasaba al pecho; porque así como este sol con la luz que tiene alumbraba al mundo y con la virtud produce varios efectos admirables, así este Señor en su alma no parecía sino un sol que la alumbraba toda e infundía en su alma afectos de amor, de caridad, de paciencia y mansedumbre y de todo lo bueno que se puede desear.** Y esto duraba en su alma muchas horas y así le mandaban los confesores que no comiese hasta que las sagradas especies se consumiesen y la santa lo hacía de muy buena gana. Y entendió este testigo de la dicha bendita Rosa que estas especies sacramentales le duraban sin consumirse más de siete u ocho horas, y así no comía, porque, durando esta divina influencia y hartura soberana y satisfacción celestial, le era dificultísimo comer*⁸⁵.

En una época tuvo fuertes tentaciones y se le quitaron un día del glorioso san Sebastián, día festivo en este convento, donde está el Santísimo Sacramento cuarenta horas descubierto (expuesto). Saliendo de su casa con este desamparo y tristeza, se entró en la capilla de Nuestra Señora con intención sólo de oír misa. Y, cuando era la hora de comulgar, súbitamente sintió un impulso interior, se levantó y sin saber a dónde ni a qué iba, se fue llegando a la reja del altar. Y la gente, que había muchísima en la capilla, con gran facilidad le hizo camino y le dio lugar para que se llegase, y el sacerdote le dio la sagrada comunión. Con ello, se le restauró todo lo que había perdido aquel año de consolaciones y gustos celestiales. Y salió del purgatorio en que hasta entonces había estado por la ausencia de su divino esposo. Todo lo cual refirió la bendita Rosa a este testigo⁸⁶.

Después de haber recibido al Señor estaba todo el día arrebatada y en todo el día no estaba para comer ni beber ni entender en otra cosa hasta la noche, que se

⁸³ Pedro de Loaysa, o.c., pp. 75-76.

⁸⁴ Proceso, p. 335.

⁸⁵ Proceso, p. 294.

⁸⁶ Padre Pedro de Loaysa, Proceso, p. 295.

desayunaba con su ordinario regalo que era acemita o se quedaba sin comer nada hasta el otro día; excepto los domingos que, por orden de este testigo (padre Lorenzana), comía alguna cosa...

Sucedió a este testigo, años antes que la tratase ni confesase a la bendita Rosa, decir misa en la capilla de Nuestra Señora del Rosario en una fiesta en que comulgaba mucha gente y, al dar este testigo la sagrada comunión, acabada su misa, entre la demás personas que allí se pusieron a comulgar fue la beata Rosa, a quien este testigo no conoció entonces más que por el hábito. Y, cuando llegó a darle la forma consagrada y ella para recibirla, descubrió su rostro, le pareció a este testigo ver una cosa celestial y que no era hermosa de acá del suelo lo que representaba y que estaba toda arrebatada en Dios⁸⁷.

El padre Luis de Bilbao recuerda que, comulgándola muchas veces en la capilla de Nuestra Señora del Rosario y queriéndole mirar el rostro con atención, se lo abatía al suelo, porque le parecía que lo tenía bañado de resplandores divinos, tan venerable, grave y hermoso que le parecía el rostro de un ángel⁸⁸.

Y siempre traía en la boca estas palabras: “Alabado sea Dios, glorificado sea el Santísimo Sacramento del altar”, humillando la cabeza, las cuales oraciones jaculatorias, aspiraciones o afectos repetía tan continuamente que no se sabe cómo, sino que era ayudada con auxilio especial del cielo⁸⁹.

Su hermano Hernando declara que era tan continua en las alabanzas a Nuestro Señor que muchas horas del día y muy a menudo todos los días, cuando tenía oportunidad, las daba en voz alta cantando y en cualquier parte de casa que encontrase a alguien, fuese chico o fuese grande y quien quiera que fuese, lo saludaba diciendo: “Alabado sea el Santísimo Sacramento. Loado sea Jesucristo”. Y fue en esto tan continua y perseverante que, aunque viese a una persona muchas veces y muy a menudo en una hora, todas las veces hacía esta dicha salutación y los persuadió a todos sus hermanos y a toda la casa que hiciesen lo mismo. Y tenían ya hecho hábito en ello⁹⁰.

EL NIÑO JESÚS

Rosa amaba mucho al niño Jesús, que frecuentemente se le aparecía y le alegraba con su presencia. La señora María de Uzátegui manifiesta que Rosa tenía un gran amor a un niño Jesús que esta testigo tenía en su oratorio y, algunas veces, entrando el contador Gonzalo de la Maza, su marido, al oratorio a decir requiebros al dicho niño Jesús, le decía esta testigo a la dicha bendita Rosa: “Mira, hija, qué enamorado está el contador de su lindo niño”. Y decía ella: “Muy bien puede, porque el niño se alegra

⁸⁷ Padre Lorenzana, Proceso, p. 336.

⁸⁸ Proceso, p. 370.

⁸⁹ Pedro de Loaysa, o.c., p. 37.

⁹⁰ Proceso, p. 528.

en viéndolo entrar y parece que se quiere saltar de la peana donde está y venírsele a los brazos”. Y así tiene para sí que la dicha bendita recibía particulares favores y mercedes de aquel bendito niño según el afecto con que le miraba. Y decía a todos los que entraban en el oratorio que lo amasen mucho⁹¹.

El padre Luis de Bilbao informa en el Proceso que, cuando Rosa fue a visitarlo, estando él gravemente enfermo, le dijo que no moriría y que predicaría en la fiesta de Virgen del Rosario, como así sucedió. Y dice: *Cuando le dijo a este testigo que no moriría, le dijo también: “Yo enviaré a vuestra paternidad acá mi médico. Póngale vuestra paternidad allí, en frente de la cama, y mire mucho por Él”. Y le envió luego que llegó a su casa un niño Jesús muy lindo, enviándole a decir que aquel era el médico que le había prometido y el que le había de dar salud. Y todos los días, por las mañanas, le enviaba a preguntar que cómo estaba y qué decía su médico. Y, cuando le pareció que ya estaba fuera de todo riesgo, le envió a decir que le enviase allá a su médico que se hallaba muy sola⁹².*

Este niño Jesús presidía la sala de su casa donde atendía a los enfermos que llevaba a curar. Con él, como medico divino, obtenía curaciones milagrosas, cuando no había remedio humano. Actualmente, esta imagen del niño Jesús, llamado el *doctorcito*, se encuentra en su santuario de Lima, en la misma sala que ella usaba de enfermería.

LA VIRGEN MARÍA

La Virgen María fue, después de Jesús Eucaristía, el gran amor de Rosa. El contador don Gonzalo relata: *La bendita Rosa de santa María tenía singularísima devoción con la serenísima Virgen Nuestra Señora, como este testigo lo experimentó en muchas ocasiones en que la vio con particulares fervores de aclamaciones y alabanzas, con muy especial dulcedumbre de palabras y demostraciones de agradecimiento de las mercedes y favores que recibía de la soberana Reina, así en su capilla del Rosario del convento de santo Domingo, donde sabe este testigo que se estaba días enteros en oración, como en la iglesia de la Compañía de Jesús con una santa imagen de la soberana Reina que está en el altar mayor, de donde este testigo le vio venir algunas veces con manifiestos fervores y gozos demostradores de las dichas misericordias⁹³.*

La bendita Rosa tenía particular devoción y lo mostraba a una imagen de Nuestra Señora con el niño dormido que esta testigo (María de Uzátegui) tiene en su oratorio. Y preguntándole esta testigo qué era lo que le pasaba con la dicha imagen le dijo que muchas cosas, porque le hacía particulares regalos y mercedes y señaladamente un día, estando en el oratorio esta testigo y otras dos amigas con la dicha bendita Rosa y refiriendo esta testigo algunos milagros de Nuestra Señora de Atocha, la dicha bendita Rosa le dijo: “Diga, madre mía, muchos de esos milagros”.

⁹¹ Proceso, p. 113.

⁹² Proceso, p. 376.

⁹³ Proceso, p. 69.

Cuando después se hallaron las dos a solas, esta testigo le preguntó que le dijese por qué había dicho aquello y ella le dijo que, cuando estaba esta testigo contando aquellos milagros, aquella santa imagen estaba muy alegre y le parecía que era corpórea según el afecto que mostraba y parecía que se salía del marco con ser pintura en lienzo y que tenía los ojos tan alegres que le parecía los meneaba y que, como ella veía aquellas cosas tan grandiosas en aquella santa imagen, dijo a esta testigo que contase más milagros. Le refirió que recibió grandes regalos (de la imagen de Nuestra Señora del Rosario que está en Santo Domingo) mostrándose, cuando le estaba pidiendo algo, con gran gozo y alegría en su rostro como que le placía aquello que le pedía. Y el niño Jesús que tiene en sus brazos hacía lo mismo. De manera que, cuando esta testigo le decía que pidiese alguna cosa para alguna necesidad y le aseguraba diciéndole: “Sí, madre, bien se hará, bien sucederá”, esta testigo le decía que cómo lo sabía, y le respondía que era en ver el rostro alegre a la Reina del cielo y al niño Jesús, que era por donde ella entendía que le concedían lo que ella pedía⁹⁴.

El padre Pedro de Loaysa asegura: Fueron infinitas las mercedes que recibió de la imagen santa de Nuestra Señora del Rosario que está en el convento de nuestro padre santo Domingo y tantas que no se pueden bien decir. Una vez, viendo las disensiones que traían los padres de su Orden, a instancia de su padre confesor, se puso delante de la santa imagen y halló los rostros de Madre e Hijo muy enojados, como manifestando que las culpas eran graves y estaban justamente indignados. Y, continuando algunos días en su oración, al fin un día halló a Nuestro Señor aplacado y a su Madre santísima. Y llamando a su confesor, por cuya instancia había hecho oración, le dijo: “Padre de mi alma, ¿qué enojado han tenido a Dios esas personas, muy enojado ha estado, pero ya su divina Majestad ha sido servido de aplacarse por intercesión de la Madre santísima!...

Y siguió diciendo el padre Loaysa, su confesor: Un día, vine a esta capilla del Rosario de Nuestra Señora, me puse en oración y pedí con grandísima instancia a Nuestra Señora que alcanzase remedio de su Hijo en esta necesidad y aplacase a su Hijo si estaba enojado. Alcé los ojos a ver aquella santísima imagen y la vi afligidísima y llorando de manera que tenía los párpados de llorar tan grandes y gruesos como un canto de un real de a ocho. El niño, que en los brazos tenía, estaba con un rostro airado y enojado. Rogábale la Madre que se aplacase y el niño no quería. Volví a casa desconsoladísima y, volviendo otro día a la capilla e instando en la misma oración, alcé los ojos a la santa imagen y hallé el rostro alegre y risueño y apacible. Volví al niño y lo vi desenojado como antes solía estar”⁹⁵.

Cuando los pechelingues (corsarios holandeses) entraron al Callao el año pasado de 1615 por el mes de julio, estando ella en oración en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, vio que la santa imagen de la Madre de Dios estaba como ahilada (desfallecida) y afligida, con lo que ella entendió que la ira de Dios venía sobre esta ciudad. Después..., el mismo día u otro, se le mostró la santa imagen muy serena y

⁹⁴ Proceso, pp. 115-116.

⁹⁵ Pedro de Loaysa, o.c., pp. 65-66.

*como alegre, con que entendió que el Señor alzaba el cuchillo de su ira para no castigar esta ciudad*⁹⁶.

Este suceso se refiere a lo ocurrido en 1615. El pirata Jorge Spilbergen había partido de Holanda con cinco naves artilladas y, después de un pequeño encontronazo con dos naves artilladas y un barco pequeño del virrey, siguió hacia el Callao, seguro de su superioridad. Lima entera, al saberlo, se puso en pie de guerra, y hasta los religiosos tomaron las armas. Toda la ciudad estaba alborotada y llena de temor. El corsario entró en el Callao el 21 de julio a la tres de la tarde y encontró 3.000 hombres apostados en la playa dispuestos a impedirle el desembarco. Al ver que no iba a ser fácil la toma de Lima, emprendió viaje hacia el norte. Llegó a Acapulco, donde se abasteció, y siguió rumbo a Indonesia y Filipinas, donde pereció en un encuentro.

Rosa, en ese momento, se mostró valerosa, capaz de dar vida por Cristo, animando a todos a hacer lo mismo. Dice don Gonzalo de la Maza: *La bendita Rosa refirió que había tenido grandes consuelos, pareciéndole que se ofrecía ocasión en que podía dar la vida por su esposo y así había sacado unas tijeras del estuche y cortándose los hábitos para con mayor ligereza poder subir al altar, en caso de que fuese necesario defender el Santísimo Sacramento de los enemigos de la fe y morir por ella; y por haberse cortado los hábitos aguardó hasta la noche para poderse ir a su casa con su madre. Y este testigo vio cortado el dicho hábito y escapulario*⁹⁷.

Su madre recuerda que Rosa le dijo: *“Si vienen, madre mía, me tengo que subir al altar mayor, donde está el Señor descubierto (expuesto) y con este rosario los tengo que rendir a todos”. Y esto lo decía con gran fervor. Y riéndose esta testigo, le respondió: “No se ría, madre mía, vuestra merced verá cómo con este rosario de la Madre de Dios, los tengo que rendir a todos”*⁹⁸.

La Virgen María era para ella como una madre cercana y cariñosa que hasta la despertaba por la mañana. Los confesores le habían obligado a acostarse desde las doce de la noche hasta las cuatro de la mañana, porque no podía dormir.

*Y un poco antes de que sonase la campana de las cuatro, le venía a recordar la Santísima Reina y le decía estas palabras: “Hija, ya es hora, levántate a orar”. Y, una vez, estaba tan dormida, porque hacía poco que le había venido el sueño, que se volvió a dormir y la volvió a llamar diciéndole: “Hija, mira que ya es hora”. Todas las demás veces había visto a la soberana Reina en visión imaginaria rostro a rostro y, en la que la había llamado segunda vez, había sido por las espaldas como que se iba*⁹⁹.

Su hermano Hernando le veía frecuentemente rezar el rosario. Y manifiesta: *Traía continuamente un rosario pequeñito de cuentas menudas en la mano, atravesado desde la muñeca a los dedos por debajo de la palma de la mano, y lo que se descubría del rosario, que era lo que daba sobre la muñeca y cuello de la mano, lo cubría con la manga. Y con este rosario andaba rezando todas las tantas veces que salía de su celda*

⁹⁶ Proceso, p. 334.

⁹⁷ Proceso, p. 63.

⁹⁸ Proceso, p. 384.

⁹⁹ Don Gonzalo de la Maza, Proceso, p. 64.

*tan disimuladamente que, aunque estuviesen delante algunas personas, no lo echaban de ver y, aunque estuviese ocupada en cosas de ejercicios o en alguna compañía de amigas o devotas suyas, todas las horas y momentos rezaba en aquel rosario con gran disimulación*¹⁰⁰.

El rosario era para ella una de sus oraciones favoritas. En aquellos tiempos en muchas familias católicas de Lima se rezaba el rosario en familia y se leían vidas de santos.

EL ÁNGEL CUSTODIO

Uno de los grandes amores de Rosa fue su amigo el ángel custodio. De él se habla varias veces en su vida.

Dice el padre Pedro de Loaysa que, *una noche, viendo que se había pasado la hora y que no venían a abrirle, se asomó a la ventana de su celdita con cuidado y vio una cosa blanca que subía hacia la puerta de la huerta. Salió la santa de su celda, cerró la puerta y siguió a aquella sombra blanca y, cuando llegó a la puerta de la huerta, se abrió luego sin que la santa lo supiese ni viese. Debió ser el ángel que no quiso que faltase a la obediencia. Testifican esto los mismos confesores*¹⁰¹.

Su madre manifiesta en el Proceso: *Estando esta testigo enferma, salió la bendita su hija de su celdita más temprano que de ordinario para venir a verme y se sentó en una silletita. Viéndola esta testigo a su parecer descaecida (decaída), sacó dos reales y llamó a una negra suya y le dijo que fuese a comprar un real de panecillos y chocolate con medio real de azúcar para poder hacer un poco de chocolate para su hija. La cual, viendo que daba dos reales para el efecto, le dijo: “No, madre mía, no los dé, que serán mal gastados, que mi madre doña María de Uzátegui me lo enviará”.*

*Y de allí a poco, llamaron a la puerta de la calle, siendo ya muy tarde, y fueron a abrir y entró un negro de la dicha doña María de Uzátegui con una jícara (taza) de chocolate. Y lo dio de parte de la dicha señora... Y ella lo tomó, agradeciéndole mucho y rindiéndole las gracias por la necesidad que tenía, por haber venido en aquella ocasión. Despidió al negro que lo trajo y tomó de ello un poquito con una migaja de pan y lo demás lo envió a su padre; de cuyo suceso quedó admirada esta testigo. Y preguntó con cuidado a la dicha su hija le dijese cómo sabía que le habían de enviar aquel chocolate y le respondió: “Mire, madre mía, no hay cosa mejor cuando hay una necesidad tan precisa como decírselo al ángel de la guarda y así lo dije yo a mi ángel de la guarda que se lo dijese a mi madre, doña María, que me enviase el chocolate, y así se lo dijo, como lo ha hecho en otras ocasiones; de lo cual esta testigo quedó admirada y espantada de ver aquel suceso*¹⁰².

¹⁰⁰ Proceso, p. 526.

¹⁰¹ Pedro de Loaysa, o.c., p. 84

¹⁰² Proceso, p. 434.

Y era tanto su amor al ángel que, según cuenta don Gonzalo de la Maza, repetía muchas veces, sobre todo cuando Jesús se ausentaba de ella por unos días: “Ángel de mi guarda, vuela y dile a mi Dios que por qué se tarda”¹⁰³. Otras veces decía:

*Joven celestial,
vuela al Criador,
dile que sin vida
yo, viviendo estoy.
Dile de mis ansias
el grande rigor,
pues vive el que espera
y me muero yo.
Ruégale que venga
hacia mí veloz,
muéstrame su rostro,
que muero de amor.*

Y esto solía repetirlo cantando y cantando, con alegría, porque sentía muy cerca la presencia de su ángel y porque, con él, era más fácil sobrellevar la ausencia de su amado Jesús.

Declara el padre Francisco Nieto que la señora María de Uzátegui le contó que un día *Rosa le pidió licencia para salir al patio (de su casa). Y, habiéndole dado licencia salió con una niña mulata de hasta edad de siete años, la cual dejó a la santa y se entró a ver a su madre a un aposento que estaba allí cerca y prosiguiendo la bendita santa su oración acostumbrada, pareciéndole a la mulatilla o a la niña que ya la bendita Rosa, en cuya compañía fue, habría vuelto a recogerse, se volvió al aposento de su señora y, levantando los ojos hacia donde había dejado a la santa Rosa, la vio estar en compañía de un niño muy hermoso de colorado y azul, que de sí despedía claridad y resplandor. Y lo que se presume es: o ser el ángel de su guarda o el niño Jesús. Y hasta que la bendita santa murió, nunca la mulatilla lo dijo*¹⁰⁴.

Su ángel era su amigo y lo enviaba a hacerle recados y dar mensajes a otras personas, como hemos visto en el caso del chocolate.

SANTO DOMINGO

Santa Rosa fue muy devota de santo Domingo de Guzmán, fundador de los padres dominicos, a quien consideraba como un padre. Según declara el padre Juan de Lorenzana: *A nuestro padre santo Domingo tenía la dicha virgen tanta devoción y*

¹⁰³ Proceso, p. 77.

¹⁰⁴ Proceso, p. 313.

reverencia que refirió a este testigo que cada día se confesaba dos veces con el glorioso santo: una por la mañana y otra por la noche. Y diciéndole este testigo que eso sería en general como cuando decimos la confesión, respondió: “No padre, sino tan en particular como cuando me confieso con vuestra paternidad, de la misma manera me arrodillo delante de mi padre santo Domingo y, confesándole mis pecados, le pido me alcance el perdón de ellos”¹⁰⁵.

Cuando llegaba la fiesta de santo Domingo, adornaba con mucho cariño y belleza su anda para la procesión y, siempre que podía, iba a la iglesia de santo Domingo a oír misa y comulgar. Allí conoció a san Martín de Porres, según afirma fray Francisco de santa Fe: *Algunas veces, el santo solía estar en conversación del espíritu con santa Rosa de santa María, a quien llamaba “La Rosita” y en estos santos coloquios y celestiales pláticas los vio fray Blas Martínez que ya es difunto, religioso sacristán de aquel tiempo, a quien este testigo se lo oyó decir en muchas ocasiones*¹⁰⁶.

Recibió el hábito dominico el 10 de agosto de 1606, a los veinte años de edad. Se lo dio en la iglesia de santo Domingo el padre Alonso Velázquez, prior del convento, y desde entonces lo llevó hasta su muerte. El hábito franciscano que llevaba, lo usó desde entonces como túnica interior sin mangas.

En una oportunidad tuvo una fuerte tentación de dejar el hábito dominico. Catalina de María, terciaria dominica, dice: *El año pasado de 1617, el día de san Sebastián, la santa Rosa tuvo una grande tentación de dejar el hábito que traía de santo Domingo y, estando en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, haciendo oración a la santísima imagen, metida dentro del confesionario que está en dicha capilla, esta testigo la vio estar como arrobada y que estaba elevada. Para certificarse mejor, se sentó junto a ella y le vio que no sentía, que estaba su cuerpo como inmóvil y se le mudaban los colores del rostro, porque, primero se puso pálido y mortal, y después, de allí a un grande rato, se le volvió a un color encendido; y, después, se le puso el rostro muy resplandeciente como rayos del sol. Y esta testigo se admiró y dio gracias a Nuestro Señor por verla de aquella manera. Y vuelta en sí del éxtasis, la bendita santa, al ver a esta testigo junto a ella, le dijo, mirándola: “Bendito sea Nuestro Señor que nos juntó, hermana de mi corazón”. Y después, supo esta testigo de algunos padres de santo Domingo que en aquel día se le quitó esta tentación*¹⁰⁷.

¹⁰⁵ Proceso, p. 331

¹⁰⁶ V cuaderno, tercero del original del Proceso apostólico de san Martín de Porres, folio 671, Archivo arzobispal de Lima.

¹⁰⁷ Proceso, p. 350.

SANTA CATALINA

Rosa era muy devota de santa Catalina de Siena y *de ordinario guardó su santa imagen en su casa para aderezarla en las fiestas... y la trajo a la de esta testigo al tiempo que en ella entró*¹⁰⁸.

Su hermano Hernando asegura que *era devotísima de la gloriosa santa Catalina de Siena, a la cual llamaba madre y procuraba servirle e imitarla cuanto le era posible. Para cuyo efecto leyó muchas veces su santa vida y se hizo traer las reglas de su religión (Orden), las cuales guardó y cumplió con mucha puntualidad y la servía en todas las ocasiones que le fue posible, aderezando su santa imagen para sus fiestas y procesiones. Y de ella recibió muchas mercedes y favores, siendo intercesora con Nuestro Señor para que las hiciese a la dicha bendita Rosa. Era devotísima de cantar “Deus in adiutorium meum intende. Domine ad adiuvandum me festina”. (Oh Dios, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme)..., porque también su madre santa Catalina de Siena lo repetía muy a menudo. Y así cantaba muy de ordinario muchísimas veces al día este dicho verso en voz alta, estando en su labor, suscitando devoción a todos los que la oían*¹⁰⁹.

Don Gonzalo de la Maza refiere que *teniéndola por madre (a santa Catalina de Siena) y, deseando ser religiosa de su Orden, así había traído su hábito hasta que murió, y con él pidió a este testigo que la enterraran y que fuese en el convento de santo Domingo de esta ciudad, pidiendo a los padres de él que le hiciesen la caridad de darle sepultura en la parte que fuese su voluntad*¹¹⁰.

Y sigue diciendo el mismo don Gonzalo: *Deseó ser monja de la Orden de santa Catalina de Siena y que en esta ciudad hubiese monasterio de ella; en orden a lo cual este testigo hizo a su instancia algunas diligencias en España para que se le diese licencia para fundar... y en el entretanto le diesen la profesión de tercera de la dicha Orden, lo cual no pudo conseguir, por decirle los dichos padres que no se la podían dar conforme a sus Constituciones... Este testigo le vio servir a la gloriosa santa Catalina de Siena en cuanto se ofrecía a su altar y santa imagen que de ordinario tenía en el oratorio este testigo y en su celda con muy grande cuidado.*

Y habiendo aderezado la dicha santa imagen con muchas joyas para la festividad del día de santo Domingo del año pasado de 1616, sucedió en el oratorio de este testigo el día de san Lorenzo, el 10 de agosto de dicho año, un caso singular y fue que, habiéndole dado a la dicha Rosa de santa María un dolor de gota a la mano derecha con muchos dolores, se le fue hinchando. Dos días no había manera de poder menear la dicha mano ni dedos de ella, por ser muy grande la hinchazón y dolor. Y habiéndola visto el médico como a las cinco de la tarde en este estado, ordenó se le pusiesen algunos emplastos y que por la mañana la sangrasen.

¹⁰⁸ Doña María de Uzátegui, Proceso, p. 105.

¹⁰⁹ Proceso, p. 525.

¹¹⁰ Proceso, p. 54.

Y, estando a la dicha hora de las cinco en el dicho oratorio con este testigo y su mujer, se ausentó este testigo y, volviendo de allí a una hora, entrando en el oratorio, las halló a las dos con particular alegría y preguntó cómo estaba la mano, y se la mostró sana y buena y ágil al igual que la izquierda y sin diferencia. Y dijo que quien le había dado la mano para vestir y poner las joyas a su madre santa Catalina, se la había sanado para que se las quitase (las joyas) como se las había quitado...

Le refirió su mujer que, saliéndose este testigo del oratorio, la Rosa se había puesto de rodillas junto a la imagen de la santa y, de allí a un poco, le había pedido unas tijeras y, preguntándole para qué, le respondió que para quitar las joyas a su santa madre... Y vio que tenía las tijeras en los dedos donde poco antes, según estaban tan hinchadas, era imposible poderle entrar. Y le dijo la dicha Rosa que se la había ido deshinchando como una bota (recipiente de cuero para vino) que tiene viento y la desatan. Y así, como de improviso, había quedado sin la dicha hinchazón y sin el dicho dolor. Lo cual este testigo lo tuvo por manifiesto milagro¹¹¹.

En una oportunidad, deseó entrar en el convento de santa Clara para alejarse del mundo. El padre Loaysa cuenta que, *movida de tener más perfección, sin consentimiento de sus padres y con el de su abuela, habiendo tratado con las monjas de santa Clara que le diesen el hábito, se salió de su casa con un hermano suyo (Hernando) para ir al dicho monasterio. Y, pasando por el convento de santo Domingo donde está la imagen de Nuestra Señora del Rosario, entró en la capilla para pedir a su Señora la bendición. Y, puesta en oración, queriéndose levantar muchas veces para ir a su camino al monasterio a tomar el hábito, no pudo, hallando todo su cuerpo yerto, que parecía que estaba clavada al suelo. Llegó su hermano y le dio prisa; trató de levantarse y, viendo que no podía, echó de ver que no era la voluntad de Dios que tomase el hábito. Dijo a la imagen: “Yo prometo, Señora mía, de volverme a mi casa y de servir a mi madre”. Y diciendo esto, se halló suelta y se volvió a su casa¹¹².*

Hasta que un día entendió que Dios quería que tomara el hábito de santo Domingo. Ella mismo se lo refirió al padre Pedro de Loaysa: *Cierto día, estando en su casa vestida con el hábito pardo de san Francisco, estaba labrando (cosiendo) con otras niñas, y vieron venir una palomita o mariposa más blanca que la nieve, retocada con otros colores blancos que la hermooseaban mucho. Las niñas se alborotaron, pero la santa les rogó que estuviesen quedas y que aguardasen a ver dónde iba a parar, porque tenía para sí que traía una buena nueva. Sentáronse todas y la palomita poco a poco se fue a la santa Rosa y se le subió a los pechos hacia el lado izquierdo y se estuvo allí mucho tiempo hasta que, con curiosidad, llegaron a ver lo que hacía y hallaron que se había sentado sobre el corazón; y en él había dibujado otro corazón muy perfecto, blanco como de alfajor, lo cual visto por la santa, le dijo a este testigo que había entendido que quería Dios que fuese beata y tomase el hábito de santo Domingo¹¹³.*

¹¹¹ Proceso, pp. 55-56.

¹¹² Pedro de Loaysa, o.c., pp. 31-32.

¹¹³ Proceso, p. 283.

En cuanto al deseo que tenía de fundar el convento de santa Catalina de Siena, fue tan grande que, además de pedírselo a Nuestro Señor con grandísima instancia, ponía todos los medios humanos posibles con grandísima confianza de que Nuestro Señor le había de cumplir este deseo de que se fundase el convento de santa Catalina de Siena. Y que por esta razón, no quiso ser religiosa de otra Orden. Un día, diciéndole la madre de esta santa a este testigo (padre Luis de Bilbao) que persuadiese a esta virgen para que tomase el hábito en cierto convento de esta ciudad, porque un hombre principal de ella le daba dote y todo lo necesario de ella, este declarante la llamó al confesionario y la persuadió con grandísima eficacia hiciese lo que su madre le decía y fuese monja de dicho convento; ella resistió valientemente a sus persuasiones y dijo que no le convenía ni era voluntad de Dios.

Y, viendo lo mucho que este declarante le apretaba en el caso, le dijo que quería poner este negocio en consulta de cuatro padres, los más doctos de este convento de santo Domingo. Consultólo, pensáronlo muy bien los religiosos y ninguno convino con el otro en un parecer; por donde acabó de determinarse la santa en no ser monja... y este testigo le mandó le dijese qué motivos tenía para entender que en esa ciudad se había de fundar el convento de santa Catalina y dijo: “Que una noche en sueño vio muchas rosas esparcidas por el suelo sin orden alguno y que apareciéndosele Cristo, su querido esposo, le decía: “Rosa de santa María, esposa mía, levántate y en esta cestica recoge estas rosas y de ellas hazme una guirnalda”. Levantóse la santa, cogió las rosas, tejió la guirnalda, la puso en la cabeza de Cristo, y desapareció...

Y esto le dijo la santa: “Hay en esta ciudad muchas vírgenes que, aunque a los ojos de Dios son rosas hermosísimas, pero como están repartidas por casa de sus padres, están como esparcidas y sin orden. Quiere mi esposo que yo le haga este servicio de que por mi Orden se recojan estas rosas y sean reducidas a un modo de vivir debajo de la regla de santa Catalina... Cómo y cuándo Dios lo sabe”.

Doña María de Uzátegui confirma que le decía con mucha seguridad: “Madre, él se ha de fundar y ha de ser muy cierto, pero el cuándo y el cómo no lo sé”. Esta testigo se admiraba de ver con el afecto que lo decía y con la certeza que lo aseguraba, como si ya estuviera fundado. Y decía a esta testigo que no tuviese duda ninguna, que había de haber monasterio santa Catalina de Siena en esta ciudad y muy grandes siervas de Dios en él¹¹⁴.

También declara la misma testigo que, estando Rosa en casa de sus padres, teniendo unas rosas deshojadas en su falda, estaba mirando al cielo y arrojaba las hojas hacia allí y así como las arrojaba, las veía subir derechas y que algunas en el aire las veía hacerse cruces. Y estando en esto llegó su hermano (Hernando) y tomó unas pocas y las echó y se tornaron a bajar al suelo luego. Y las que ella echó en presencia de su hermano, se subieron e hicieron las cruces... Y respondió a esta testigo que le parecían eran señales y premisas de que por su causa habían de ir muchas

¹¹⁴ Proceso, p. 118.

*almas al cielo, porque ella deseaba con grande afecto fundar, como está dicho, el convento de santa Catalina de Siena y que de él irían al cielo muchas almas*¹¹⁵.

De hecho, en sus últimos tiempos preparó un grupo de ocho doncellas para el futuro convento y para ellas pidió el hábito de terciarias dominicas. Se recibieron en la iglesia de santo Domingo, una víspera de Navidad.

LA CELDA

Desde jovencita, había querido vivir en soledad y, por eso, se apartaba muchas veces de la gente para estar a solas con Dios, haciendo oración. A los 10 años ya había hecho debajo de unos plátanos en un rincón del huerto, una chocita. Su hermano Fernando lo confirma: *Mucho antes (1596) que hiciera la celda para su clausura y soledad, hizo en un rincón del huerto, debajo de algunas matas de plátanos, un altarcito a manera de alacena, porque este testigo se la ayudó a hacer, haciendo un socavón en la misma pared como una vara del suelo; y habiéndolo enlucido y cerrado con una puerta y llave, lo adornó de imágenes devotas y allí gastaba muchas horas del día conforme se le ofrecía lugar en hacer oración y en anocheciendo, todas las noches se estaba en este oratorio muy gran rato hasta que se hacía hora de dar de cenar a su padres y, muchas veces, en acabando de cenar, se volvía a la misma oración*¹¹⁶.

Al año de tener esta chocita tuvo que ir con sus padres a vivir a Quives y, al volver con sus 15 años, ya estaba todo desmoronado, porque la había hecho de cañas y hojas de plátano. Y levantó otra parecida, pero ella quería una celda firme, de adobe, donde pudiera encerrarse sin ser vista. Y esto le pedía insistentemente a la Virgen.

Afirma la criada Mariana de Oliva que *siempre que iba a la iglesia de santo Domingo se estaba en la capilla de Nuestra Señora del Rosario y, una vez, le dijo la bendita santa que había colgado a Nuestra Señora un rosario al cuello, pidiéndole intercediese ante su bendito Hijo por ciertas cosas y, estando en la capilla y esta testigo allí, dijo la bendita Rosa: “¿Cómo han quitado el rosario del cuello de Nuestra Señora que yo le había hecho poner?”. Y un sacerdote de los que allí estaban le dijo que no podía ser y, mirando la santa imagen, vieron que el bendito niño Jesús lo tenía de la mano. Entonces, la bendita Rosa dijo que ya había alcanzado lo que había pedido a Dios*¹¹⁷. Este pedido era, según dice el padre Pedro de Loaysa, *el fabricar una ermitica en el huerto de su casa, que su madre no lo permitía*¹¹⁸.

El día de la purificación, dos de febrero de 1614, *el contador (don Gonzalo de la Maza) y su mujer con el padre maestro fray Juan de Lorenzana, pidieron a su madre le*

¹¹⁵ Proceso, p. 117.

¹¹⁶ Proceso, p. 526.

¹¹⁷ Proceso, p. 405.

¹¹⁸ Pedro de Loaysa, o.c., p. 67.

concediese el hacer la celdita en la huerta para encerrarse donde nadie le hablase, si no era con licencia de su confesor; y así luego, al punto, la madre lo concedió¹¹⁹.

Ella misma hizo la celda de adobes¹²⁰ que, según declaración de la mulata Luisa Mejía, su ama Isabel se los envió para las paredes¹²¹. El padre Pedro de Loaysa asegura que era experta en adobes. Dice: *Para que sus padres no gastasen plata en alquilar algunos peones para las obras que hacían en su casa, ella acudía a este oficio, haciendo barro y cargando adobes, y con sus propias manos había solado (pavimentado) un horno que su madre hacía para cocer el pan; y ella cultivaba la huerta y hacía otros tantos oficios que, si no fuera tan humilde de corazón, no se aplicaría a ellos¹²².*

La celda la hizo en el extremo sur oriental de la huerta, casi lindando con el muro posterior del hospital del Espíritu Santo. Y allí, afirma el padre Antonio de Vega, *por permisión divina y soberano don del cielo, “oía” la santa solitaria las misas que se decían en el hospital del Espíritu Santo y las del convento del señor San Agustín, lo cual ha entendido y entiende este testigo haber pasado a su parecer en visión imaginaria (intelectual), y en premio y paga de su soledad y retiro y por su gran devoción al Santísimo Sacramento del altar¹²³.*

El padre Pedro de Loaysa relata que *vivía muy contenta en aquella celdita, porque estaba fundada en una pared del hospital del Espíritu Santo; porque desde allí “veía” el altar y “oía” misa. También lo sabe este testigo, porque se lo oyó a la dicha santa Rosa¹²⁴. ¿Oía y veía la misa en bilocación? ¿En visión interior?*

En esa celda sólo tenía una sillita y una esterilla. El testigo Juan Costilla recuerda que, después de su muerte había muchísima gente que iba a casa de sus padres a visitar su celdita y llevarse reliquias. Y afirma: *Vio este testigo que todo lo que estaba en ella se lo llevaron, hasta una esterilla que tenía clavada en la pared, haciéndola pedazos, y lo mismo hacían de una sillita que estaba dentro de la dicha celdilla en que se sentaba la dicha bendita Rosa¹²⁵.*

El padre Loaysa informa que *el principal intento (de hacerse la celda) era irse a la soledad y casi con este fin la labró tan estrecha que de largo debía tener cinco pies y tres o cuatro de ancho, para que no hubiese ocasión de recibir allí visitas. Y diciéndole este testigo que por qué quería hacer celda tan estrecha, le respondió: “Padre, bien grande es, pues cabemos en ella mi esposo y yo”.*

También sabe este testigo que en esta celda empezó a hacer una vida rigurosa, con mucho arrepentimiento del tiempo que a su parecer había perdido... En esta celdita le hizo Dios muchas mercedes; en particular, quitando a unos mosquitos para

¹¹⁹ Francisco Nieto, Proceso, p. 313.

¹²⁰ Proceso, pregunta 15, p. 24.

¹²¹ Proceso apostólico, folio 901.

¹²² Proceso, p. 297.

¹²³ Proceso, p. 260.

¹²⁴ Proceso, p. 297.

¹²⁵ Proceso, p. 426.

que no la ofendiesen, porque estaba la celda en la huerta y en estas partes en las huertas se crían gran suma de mosquitos que punzan y ofenden. La celda estaba llena de ellos, a los cuales dijo la santa: “*Hermanos mosquitos, hagamos un concierto. Yo no os haré mal ninguno con tal que vosotros no me hagáis daño, sino que alabemos todos al Señor*”; lo cual hicieron y cumplieron los mosquitos fielmente, pues nunca la mordieron y tocaron¹²⁶.

La misma Rosa le contó al contador Gonzalo de la Maza, a quien consideraba como un padre: *Padre mío, yo tengo hecha amistad con los mosquitos desde que vine a esta celdita y así, no sólo no me pican, pero antes me son motivo muy grande para alabar a Nuestro Señor; porque por las noches se recogen aquí dentro y se pegan por estas paredes grande multitud de ellos. Y, cuando por las mañanas vengo y abro la puerta, se levantan y les digo que alabemos a Nuestro Señor.*

*Y, verdaderamente, padre mío, según mi afecto, me parece que los mosquitos lo hacen con concierto en su zumbidito y susurro, no sólo a aquella hora sino todo el día. Y más, padre mío, que cuando por las mañanas abro la puerta del huerto para que alabe a Nuestro Señor, digo a los árboles y a las plantas y flores que lo alaben y den gracias. Y cierto, padre mío que, según mi afecto, me parece que lo hacen así y que humillan las ramas y hojas y se menean y hacen un ruido concertado y muy suave. Mire, padre mío, si es razón que todos amemos y alabemos a este gran Dios y Señor que tantas misericordias nos hace*¹²⁷.

Catalina de santa María dice que *todas las veces que la bendita Rosa entraba en el huerto, decía: “Loado sea Nuestro Señor Jesucristo”*. Y una vez vio esta testigo, que reparó en ello, que después de dicho esto la santa Rosa, los árboles se humillaron las ramas hasta el suelo, de que esta testigo se admiró¹²⁸.

También los pájaros se unían a ella en alabar al Señor. Dice la misma Catalina de santa María que, *estando en la huerta la bendita Rosa con esta testigo y otra hermana suya, llamada Lucía, venía un pajarito y se ponía encima de un árbol que en esta tierra llaman guayabo, y la bendita Rosa le decía: “Pajarito rui señor, alabemos al Señor; alaba tú a tu Creador y yo alabaré a mi Salvador”*.

Y con esto empezaba el pajarito a cantar y, en acabando, cantaba la santa Rosa en alabanzas al Señor y aguardaba el pájaro que la santa acabase y empezaba él; y cantando ella una vez y el pájaro otra, se entretenían ella y el pájaro en este ejercicio una hora entera hasta las seis. Y la bendita Rosa venía a concluir cantando: “Cómo te amare, mi Dios, cómo te amaré, Señor, siendo yo criatura y tu Creador”. Y se iba el pájaro a vista de esta testigo y de su hermana. Y la bendita Rosa decía: *“Bendito sea Dios, que se fue mi pajarito”*¹²⁹.

El padre Pedro de Loaysa relata que, *yendo una mañana a aderezar un guisado, sólo con el canto de un pájaro que oyó, quedó tan avergonzada de que en el tiempo en*

¹²⁶ Proceso, pp. 296-297.

¹²⁷ Proceso, p. 68.

¹²⁸ Proceso, p. 356.

¹²⁹ Proceso, p. 356.

que los pájaros alababan al Señor ella se ocupase en cosas de comida, que se puso a alabar al Señor y quedó como en éxtasis hasta la tarde y, vuelta en sí, trayendo en la mano un tizón de fuego para encender candela, con la dilación de la suspensión del canto del pájaro, se le apagó; y pareciéndole que había estado poco, se volvió a soplar la candela y la halló que estaba apagada; de lo que se admiró por no saber el tiempo que había gastado. Y esto se lo refirió la bendita Rosa a este testigo¹³⁰.

En la huerta criaban gallinas. Y su madre nos cuenta que, en cierta época, tuvo un pollito pequeño muy lindo, de tal manera que obligó a esta testigo a guardarlo para padre, el cual fue creciendo. Y, siendo grande, muy de ordinario se echaba en el suelo entre la gente de casa en la sala, y lo tenían muy regalado por ser tan lindo. El cual no había cantado en su vida, porque nunca se le oyó. Y, aunque estaba sano y bueno, siempre estaba entre la gente echado.

Y que un día en casa, estando de sobremesa, hablando esta testigo con Gaspar Flores su marido, le dijo: “Este pollo he ido reservando con deseo de que sea padre, y lo veo tan frío que nunca se levanta del suelo si no es para comer, ni canta.

Y preguntó a la gente de casa si había oído cantar al dicho pollo, y todos los de la dicha casa dijeron que nunca le habían oído cantar. Y entre ellos vino la dicha Rosa y, estando todos presentes, dijo esta testigo: “Pues que no canta, él morirá”. Y la dicha Rosa dijo: “¡Entonces canta, gallito, canta, y no morirás!”. Y luego, al instante, se levantó el dicho gallito y se paseó y cantó. Y todos con regocijo, holgándose de ello, dijeron: “Canta el pollito: ¡no quiere morir!”.

Y, volviéndose a pasear por la sala (el gallito), volvió a decir la dicha Rosa: “¡Canta, gallito, y no morirás!”.

Y esta testigo, contenta de ello, se fue a reposar la siesta y desde allá oía cantar de cuando en cuando al dicho gallito, de suerte que, admirada, cuando salió de reposar, dijo: “¿Habéis visto que el gallito ha cantado tantas veces?”.

Y los muchachos y Mariana india, que vivía en casa, le dijeron: “¡Quince veces cantadas ha cantado!”. Lo cual podía declarar la dicha Mariana india que vive hoy en esta ciudad, mujer de mucha virtud.

Y que con esto dejó el dicho pollo para padre, y tuvieron muy lindos pollos en casa de allí adelante.

Y que juzga este caso por milagro, porque con solo decir la dicha Rosa que cantase, el dicho pollo, no lo habiendo hecho en su vida, cantó tantas veces como ha referido, aquel día y los demás¹³¹.

PROVIDENCIA DE DIOS

¹³⁰ Proceso, p .281.

¹³¹ Proceso apostólico, folios 181v-182.

Muchas veces Dios acudía a socorrer las necesidades de Rosa o de su familia de modo milagroso o extraordinario. Dice su hermano Hernando que *en una enfermedad que tuvo con tanta necesidad y pobreza, que ya no había con qué enviar por lo necesario, entró su hermana al aposento donde su padre estaba en cama y le dijo: “Gracias a Dios, que nos ha socorrido en esta necesidad, porque yo fui a la Compañía de Jesús a pedir a Nuestro Señor remediase nuestra necesidad y pobreza y, cuando iba a salir por el cuerpo de la iglesia para venirme a casa, me llamó un padre de la Compañía, muchacho, porque era muy mozo, que no conozco quién es, y me dio 50 patacones que traigo aquí. Y declara este testigo que de estos lances y cosas semejantes a esto, le sucedieron muchísimas*¹³².

En una oportunidad, *estaba adornando una imagen de santa Catalina y le decía: “Bien sabéis Vos, madre mía, que si tuviera quince o dieciséis patacones, os vistiera muy a mi gusto”. Y, sin haberse meneado de allí, dentro de dos horas llegó una negra de doña Jerónima de Agama con un papel en que decía: “Hermana mía, como sé que está aderezando a nuestra madre le envió esos dieciséis patacones que acerté a tener aquí por si tuviera necesidad para el adorno de nuestra madre. Y respondió... “¡Bendito seáis, dulce Jesús de mi alma, que fiel amigo sois!”. Y con esto envió por un poco de raso blanco y acabó de aderezar la imagen de lo necesario*¹³³.

*Un milagro hermoso lo cuenta Catalina de santa María. Rosa debía adornar el anda de santa Catalina de Siena. Y, estando la bendita Rosa y esta testigo en la huerta de casa de su padre mirando todas las matas de los claveles, no vieron en ninguno de ellos ni botón ni vara, porque no era tiempo de ellos ni los podía haber. Y la bendita Rosa dijo: “Si Dios Nuestro Señor nos diese a honra de la Santísima Trinidad tres clavelinas para la santa imagen, del todo sería galana”. Y, al día siguiente, que debían celebrar la fiesta de la santa, por la mañana, dijo la bendita Rosa a esta testigo que fuese a la huerta. Esta testigo le dijo: “Hermana, si ayer paseamos la huerta y vimos las matas y ninguna de ellas tenía clavelina alguna, ¿cómo me envía por ellas? Y la bendita Rosa le respondió: “Válgame Dios, hermana de mi corazón, vaya por ellas que Dios nos las ha dado”. Y esta testigo fue y halló tres clavelinas en una vara y muy hermosísimas. Y esta testigo quedó admirada*¹³⁴.

En una ocasión, Dios hizo un milagro para dar pan a toda su familia. Fray Antonio Rodríguez declara que, *habiendo faltado de un arca el pan donde se echaba, se lo dijeron a ella que respondió que cómo podía ser, ya que el día anterior había echado pan suficiente para dos días, aunque se gastase con abundancia. Y certificándose que no había pan ninguno, fue al arca y la halló llena de pan muy regalado y diferente del que se vende por acá*¹³⁵.

Otra vez, Dios hizo el milagro de la miel. Así lo certifica doña María de Bustamante que lo oyó a la madre de Rosa: *Los padres de Rosa tenían una botija con miel en casa y la madre de Rosa le preguntó a ella: “¿No sabes cómo se ha acabado la*

¹³² Proceso, p. 519.

¹³³ Proceso apostólico, folios 168-168v.

¹³⁴ Proceso, p. 349.

¹³⁵ Proceso apostólico, folio 133v-134.

miel de la botija?”. Ella respondió que no y le dijo: “Yo voy a traer miel en nombre de Dios”. Y fue y halló en la dicha botija tanta miel que duró ocho meses¹³⁶.

Dios bendecía a su familia, y aunque pasaba dificultades económicas, Dios nunca los abandonó y, por intercesión de Rosa, les daba cuanto necesitaban, tanto en vida de Rosa como después de su muerte. Su madre manifiesta: *Después que se fue a gozar de Dios, algunas personas, particularmente religiosos, que no conocían ni trataban a esta testigo, la han socorrido y socorren en sus necesidades, diciéndole: “Esto hago, señora, en reconocimiento de que después que me encomiendo a vuestra hija, me hallo otro del que era. Y os pido me tengáis por vuestro hijo”*¹³⁷.

Se cumple así la Palabra de la Escritura: *Dios proveerá a todas vuestras necesidades según sus riquezas en Cristo Jesús* (Fil 4, 19). Dios no se deja ganar en generosidad y da el ciento por uno en bienes materiales y espirituales.

LA ALEGRÍA DE VIVIR

Rosa era una mujer feliz, a pesar de tantas enfermedades y penitencias que soportaba. Se sentía tan dichosa de poder así demostrarle el amor a su esposo Jesús y ayudarle en la gran tarea de la salvación del mundo que se sentía inmensamente feliz. Por eso, no es de extrañar que se pasara muchos momentos de su oración cantando. Le gustaba cantar.

A veces, *en medio de la costura, cantaba con gran regalo de espíritu alabanzas divinas, diciendo algunas letrillas muy devotas que ella misma componía con que levantaba su espíritu al Señor. Y le dijo a este testigo (Padre Lorenzana), tratando de este punto de cantar: “Padre, quitarme a mí el cantar es quitarme el comer”*¹³⁸.

Tenía bonita voz y tocaba la guitarra, aunque parece que no sabía tocarla bien, pues la señora Uzátegui dice en el Proceso apostólico: *Tenía devoción de noche de cantar alabanzas a Nuestro Señor, tocando cuerdas de una guitarra sin saber tocar, con la mano derecha sin menear la izquierda y así se estaba dos o tres horas en pie*¹³⁹. Y lo mismo dicen sus dos hijas Micaela y Andrea en el Proceso apostólico¹⁴⁰.

Ella misma asegura que *un sábado por la noche, estando buena y sana la bendita Rosa, teniendo una guitarra en la mano, le oyó cantar: “Padre mío, santo Domingo, antes que yo muera, te encomiendo a mi Oliva que sola queda”*¹⁴¹.

El padre Antonio de Vega afirma que, a veces, *pasaba la noche de claro en claro en perpetua oración y, algunas veces, cantando cosas espirituales y devotas; y algunas*

¹³⁶ Proceso apostólico, folios 313-314.

¹³⁷ Proceso, p. 389.

¹³⁸ Proceso, p. 332.

¹³⁹ Proceso apostólico, folios 62-62v.

¹⁴⁰ Folios 607 y 611v.

¹⁴¹ Proceso, p. 391.

*chansonetas y villancicos tiernos y amorosos a la Virgen y a su bendito Hijo y al ángel de la guarda con suave y dulce armonía*¹⁴².

Los días que no comulgaba, calmaba su sed a Dios cantando: *De hambre me estoy cayendo y de sed me estoy secando*¹⁴³.

La señora Uzátegui, hablando por experiencia, dice que, estando en su casa, muchas veces, prorrumpía en cánticos, unas en alabanzas y otras en deprecaciones y otras en lamentaciones, llamando a su esposo Jesús y al ángel de su guarda. Era tanto lo que se metía en esto y se dejaba que, algunas veces, se estaba dos y tres horas con una guitarra en la mano; y una vez, le dijo a esta testigo la dicha bendita Rosa quedarse en pie y estar tres horas y más cantando y cantaba lo siguiente: “Ay, Jesús de mi alma, cuán bien pareces entre flores y rosas y olivas verdes”. Y esto repetía algunas veces y otras decía: “Las doce son dadas, mi Jesús no viene, ¿quién será la dichosa que lo entretiene?”. Y otras decía: “Ángel de mi guarda, vuela y dile a mi Dios, que por qué se tarda”. Otras, rogaba con la música por todas las personas que conocía, nombrándolas, pidiendo a su esposo que las hiciese una misma cosa consigo. Y otras muchas cosas de grande amor y regalo con tan linda voz y consonancia... Y sucedió a esta testigo y a su marido que dejaban de cenar para oír cantar a la dicha bendita Rosa, alabando a Nuestro Señor con los cantares que tiene dicho arriba¹⁴⁴.

Su hermano Hernando declara que los ratos que se ocupaba en la labor de manos, tenía la lengua ocupada continuamente en cantarillos de alabanzas a Dios y de regalos y requiebros al niño Jesús, de quien fue muy devota... Y ponía en todos admiración, viendo que cada día salía con nuevas invenciones de cantares divinos. Y así le dijo este testigo un día: “¿Quién le enseña tantos cantaricos, hermana?”. Y respondió: “Hermano, como hay tanto que decir a nuestro buen Padre, ofrécense con facilidad sus alabanzas”¹⁴⁵.

DONES EXTRAORDINARIOS

Ya hemos visto que muchas veces el Señor le concedía gracias extraordinarias y muchos momentos de su oración los pasaba en éxtasis o arrobamientos, disfrutando de alegrías celestiales. Con frecuencia, veía al niño Jesús. Acontecía, algunas veces, en medio de la labor de sus manos, aparecérsele Nuestro Señor en forma de niño sobre la almohadilla de su costura, causando con esto en su alma inefables goces¹⁴⁶.

¹⁴² Proceso, p. 236.

¹⁴³ Catalina de santa María, Proceso, p. 351.

¹⁴⁴ Proceso, p. 130.

¹⁴⁵ Proceso, p. 526.

¹⁴⁶ Padre Lorenzana, Proceso, p. 332.

También hemos anotado anteriormente que veía cambiar el rostro de la imagen de la Virgen del Rosario o del niño Jesús y así sabía cuándo estaban contentos y le concedían lo que pedía o cuándo estaban tristes y no querían conceder sus peticiones a causa de los pecados de los interesados.

Según declara el padre Lorenzana, *tenía el don muy grande que el apóstol san Pablo llama “discretio spirituum” (discernimiento de espíritus), que es saber distinguir y conocer cuándo las hablas interiores o visiones son del espíritu bueno o del espíritu malo*¹⁴⁷.

a) Sabiduría

Un don extraordinario que manifestó a lo largo de su vida fue el don de sabiduría. Dice el mismo padre Lorenzana: *Este testigo, oyendo hablar a la bendita Rosa del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo divino y de otros de nuestra fe católica, se admiraba de que una mujer sin letra alguna hablase con tanta propiedad e inteligencia... y decían que era sapientísima en el conocimiento de las cosas divinas*¹⁴⁸.

El padre Luis de Bilbao afirma que *parecía un volcán encendido de amor de Dios y así echaba a veces llamaradas por la boca, pues sus razones y sus palabras, todas eran de amor a Dios. Entraba en el confesionario, diciendo: “Dios sea en el alma de vuestra paternidad, padre de mi alma; amemos mucho a Dios. ¡Oh, quién le amase! No le aman, porque no saben lo mucho que merece ser amado”*¹⁴⁹.

El mismo padre Luis de Bilbao sigue diciendo: *Nunca dudó de sus revelaciones en todas las materias de la vida espiritual con tan gran profundidad que dice este testigo que, muchas veces, le sucedió en el confesionario enmudecer y reconocer que un superior Espíritu en ella hablaba y que sus palabras no eran humanas*¹⁵⁰.

b) profecía

También tuvo el don de la profecía. La señora María Eufemia de Pareja fue un día con doña María de Uzátegui a la casa de sus padres. *Y esta testigo (María Eufemia) entró sola con la dicha bendita Rosa en su celdita y, ambas sentadas, junto a la puerta de la celdita, le dijo que encomendase a Dios a Rodrigo, su hijo..., pues deseaba fuese religioso, porque andaba muy distraído. Su padre y ella deseaban que fuese de la Compañía y le rogó esta testigo que hiciese particular oración para este buen intento; y ella le dijo a esta testigo: “Yo tengo prometido un vestido a Nuestra Señora para que su divina Majestad nos conceda lo que pedimos”.*

¹⁴⁷ Proceso, p. 333.

¹⁴⁸ Proceso, p. 334.

¹⁴⁹ Proceso, p. 372.

¹⁵⁰ Proceso, p. 370.

Agradeció esta testigo lo que le prometía, diciéndole que esta testigo pondría nueve misas para ayudar a hacer este vestido. La bendita Rosa estaba mirando al cielo y se volvió luego a esta testigo y le dijo: “Don Rodrigo será religioso sin duda ninguna y, más le digo, que no ha de ser de la Compañía”. Y, afligiéndose esta testigo... le respondió que le avisaba con tiempo para que hiciese el corazón ancho y consolase a don Juan (su esposo) y no importunasen a Nuestro Señor, que dejasen hacer lo que era su divina voluntad... Y su hijo negoció entrar por religioso en san Francisco, donde hará ocho meses que tomó el hábito¹⁵¹.

El padre Luis de Bilbao estaba enfermo y creía que iba a morir. Envió a decirle a la santa que le fuese a ver. Por el amor que le tenía y por ser su padre espiritual, le fue a ver y, estando una tarde a solas, tratando con este testigo de cosas espirituales y consolándole, este testigo le dijo: “Hija, le pido que me diga qué siente de mi enfermedad y, si le parece que me moriré de ella, para que yo me disponga como mejor pudiere”. Y respondió la santa: “El disponerse vuestra paternidad no le puede dañar, hágalo así, pero no morirá de esta enfermedad, antes predicará la fiesta de Nuestra Señora”... Y sucedió como la santa lo dijo, porque tuvo salud y el primer sermón que predicó, luego de su convalecencia, fue el día de Nuestra Señora del Rosario¹⁵².

Doña María de Bustamante afirma que estando un día esta testigo y doña Juana de Bustamante, su hermana con la dicha Rosa de santa María en el jardín de su casa, les dijo cómo habían de ser monjas ambas a dos y también Luisa de la Cruz, su abuela, en el monasterio de la Santísima Trinidad; y que ella lo había de ver. Y sucedió puntualmente como ella lo dijo, que dentro de dos años entraron por monjas en este dicho monasterio y profesaron en él¹⁵³.

A la señora María de Uzátegui le profetizó que ella (Rosa) moriría en su casa como así sucedió¹⁵⁴. Su madre declara que un sábado en la noche, estando buena y sana la bendita Rosa y, teniendo una guitarra en la mano, le oyó cantar esta testigo: “Padre mío, santo Domingo, antes que yo muera, te encomiendo a mi Oliva, que sola queda”, reconociendo que iba a morir pronto y antes que su madre, lo que así sucedió¹⁵⁵.

También le profetizó a su madre que sería monja. Un día estaba Rosa tratando de animar a una joven para que vistiera el hábito dominico y su madre le dijo: ¿Todas han de traer su hábito?... Yo no soy amiga de beatonas. Y Rosa respondió: ¡Vea, hermana, el asco que mi madre hace del hábito! Pues, vuestra merced, la verá con él... Y ha sido Dios servido de que se haya fundado el dicho convento (santa Catalina) como lo predijo; y esta testigo, sin saber cómo ha sido, es religiosa profesada en él¹⁵⁶.

¹⁵¹ Proceso, pp. 147-148.

¹⁵² Proceso, p. 375

¹⁵³ Proceso apostólico, folios 321-321v.

¹⁵⁴ Proceso, p. 429.

¹⁵⁵ Proceso, p. 392.

¹⁵⁶ María de Oliva, Proceso apostólico, folios 179-179v.

c) Milagros en vida

El Señor le concedió la gracia de conseguir muchos milagros por su intercesión. Doña María Eufemia Pareja declara que, *teniendo en su casa una negra, su esclava, que criaba un niño de esta testigo (la negra) estaba muy mal, desahuciada de los médicos. Y, con la confianza que esta testigo tenía en la bendita Rosa de las grandes mercedes y misericordias que Nuestro Señor usaba con ella, tomó su manto y fue a casa del contador Gonzalo de la Maza, donde estaba la bendita Rosa, y la halló en el oratorio y le dijo la enfermedad de la dicha negra y la necesidad que tenía de su salud. Y le pidió suplicase a Nuestro Señor muy de veras se la diese y pusiese por intercesora a su santísima madre la gloriosa santa Catalina de Siena. La bendita Rosa respondió que no tuviese pena, que la bienaventurada santa se lo pediría a Nuestro Señor que le diese la salud. Estando diciendo esto, se volvió a la gloriosa santa y dijo: “Madre, ¿no veis esto Vos?... Pedidle a su Majestad que le dé la salud” ... Y dentro de tres o cuatro días, tuvo a su negra buena y sana, y dio de mamar a su niño como antes que cayera enferma... sin secársele la leche¹⁵⁷.*

Catalina de santa María dice que, *estando ayudándole a la santa Rosa en su casa a hacer ramilletes con un grave dolor de oídos, que estaba esta testigo como desatinada, que no le dejaba hacer nada, la dicha santa Rosa se compadeció de esta testigo y le hizo en el oído que le dolía, estando hincada de rodillas, la señal de la cruz, le echó la bendición y le dijo ciertas palabras, de las que alcanzó a oír: “Jesús y María”. Y, en acabando de decirlas, se halló buena y sana y nunca más le ha vuelto aquel dolor.*

Declara también que *un indiecito de doce años tenía una herida en la nariz, porque le había mordido un perro y le había pasado de parte a parte la nariz y, aunque lo habían curado los médicos y cirujanos, no le habían podido sanar, porque el mal se iba subiendo a los sesos con mucha materia y mal olor. Y el que lo curaba decía que no sanaría y lo desahució. Y, compadeciéndose la santa Rosa, dijo que le enviasen al indiecillo a su casa, que ella lo sanaría y así lo llevaron y dentro de tres días le dio bueno y sano¹⁵⁸.*

MILAGRO DEL SANTO ROSTRO

Ocurrió el 15 de abril de 1617 a las siete de la noche, estando Rosa en casa del contador Gonzalo de la Maza, que tenía en su oratorio un rostro de Cristo o *Ecce homo*, obra del pintor Angelico Medoro, italiano radicado en Lima. En ese momento, estaba orando el matrimonio con sus dos hijas, Micaela y Andrea, y con Rosa de santa María. Rosa hablaba en voz alta con fervorosas oraciones. Salió el matrimonio y quedaron las dos niñas con Rosa. En un momento, se acercó Micaela, *para despabilar las velas, y*

¹⁵⁷ Proceso, p. 145.

¹⁵⁸ Proceso, p. 355.

vio que el rostro, cabello y barba de la dicha santa imagen estaba mojado, como llovido de rocío¹⁵⁹. El rostro del Señor estaba sudando milagrosamente.

Éste fue un caso que se hizo público en Lima, como de un milagro del Señor. Se realizó una investigación al respecto y fue citada la misma Rosa que declaró lo siguiente: *Quedaron en el oratorio esta testigo y doña Micaela y doña Andrea. Y esta testigo, mirando el santo Rostro, le pareció que estaba más encendido y con mayores resplandores y hermosura que otras veces y empezó a decir en alta voz: “Dios de mi alma y de mi corazón, os amen todas las criaturas como nos amas, Señor mío”. Y, estando diciendo estas palabras y mirando el santo Rostro, le parecía más bello y hermoso, de modo que deslumbraba y la dicha Micaela se levantó para despabilar las velas y vio el cabello del santo Rostro de la cabeza y barba mojado y rociado; y dijo a esta testigo: “Hermana, ¿ha rociado la imagen que está muy mojada?”. Y esta testigo le respondió que no dijese eso... Y doña María, su madre, vio lo mismo que doña Micaela y dijo a esta testigo que el santo Rostro estaba mojado, diciendo: “Hija, lleno está de perlas preciosísimas, que relucen como diamantes”.*

Y esta testigo miraba con atención el santo Rostro, y como echaba de sí tanto resplandor que la deslumbraba, no pudo echar de ver si estaba mojado hasta que se levantó y se acercó al altar y, entonces, vio que del nacimiento del cabello de la cabeza y de la barba del santo Rostro, le salía muchas gotas de agua, como que sudaba, y quedó con grande admiración, porque le pareció que era milagro que Nuestro Señor quiso obrar, para honra y gloria suya, y consuelo de las almas.

Y luego la dicha doña María envió a llamar al contador, su marido, y a los criados que estaban en un aposento dentro de casa al patio, y vinieron; y el contador vino luego en compañía del secretario Tineo; a los cuales, habiendo llegado al oratorio, la dicha doña María les dijo cómo el santo Rostro estaba todo mojado, y cubierto el cabello y rostro como de un sudor, los cuales se levantaron y llegaron al altar, y miraron muy bien el agua que salía del cabello de la cabeza y barba; y habiéndolo visto y considerado, lo tuvieron por singular milagro y cosa sobrenatural; y para satisfacerse de ello, envió a llamar a Angelino Medoro, pintor que había pintado la imagen, el cual vino en compañía de su mujer; e hicieron oración a la santa imagen.

Y el dicho Angelino Medoro se levantó y se fue hacia el altar, y miró con mucho cuidado el santo Rostro y aquella agua, y con un dedo de su mano, tomó una gota y la olió y dijo que era agua líquida y clara, y que no procedía de la pintura, porque no tenía olor ninguno; y que era cosa milagrosa y sobrenatural y él lo tenía por tal. Y a esta sazón ya había venido el doctor Soto y doña Luisa, su mujer, y doña Barba Fajardo y don Diego Campoverde, su hijo. Y también envió a llamar el dicho contador a dos padres de la Compañía, y vinieron el padre Peñaloza y el hermano Francisco López, los cuales, después de haber hecho oración, fueron hacia el altar y miraron muy bien y con grande devoción y reverencia el santo Rostro y el agua que salía del cabello de la cabeza y barba, y quedaron admirados de ver una maravilla tan grande.

¹⁵⁹ Gonzalo de la Maza, Proceso, p. 61.

Y dando gracias al Señor, le fueron dando al padre Peñaloza muchos rosarios, con los cuales tocó en el santo Rostro, y luego pidió algodones y le dieron unos pocos con que enjugó el agua que brotaba del santo Rostro, en la cabeza y barba; y aquellos algodones los repartió entre la gente que estaba presente, que los fueron pidiendo... Y dentro de poco rato, volvió a salir del nacimiento del cabello de la cabeza y rostro, mucha copia (cantidad) de agua, como antes, y volvió a pedir más algodones, y volvió a enjugar el santo Rostro con papel; el cual papel salió mojado.

Y de allí a poco volvió a sudar tercera vez. Y el dicho padre Peñaloza lo volvió a enjugar, estando toda la gente con grande atención y devoción, maravillados de un prodigio tan grande. Y estas tres veces que sudó el santo Rostro, fue en el espacio de dos horas y tres cuartos que fue desde las siete y un cuarto que empezó a sudar hasta las diez. Y la última vez que el padre lo enjugo quedó el santo Rostro más bello y hermoso, al parecer de esta testigo, de lo que antes estaba.

Y todos quedaron con grande admiración, y lo tuvieron por milagro que Nuestro Señor había obrado. Y el padre Peñaloza cubrió la santa imagen con las cortinas, y encargó al contador que no se descubriese si no fuese por manos de sacerdote. Y todos se fueron a sus casas y se cerró el oratorio. Y esto es lo que pasó y la verdad, para el juramento que tiene hecho, y lo firmó y dijo ser de edad de treinta años. “Rosa de Santa María”.

Don Gonzalo de la Maza manifiesta que la bendita Rosa le dijo a él y a su mujer que recibía muy grandes consuelos y mercedes de Nuestro Señor en aquel santísimo Rostro y, en particular, cuando le descubrían y corrían las cortinas y velo, de tal manera que, algunas veces, le causaba su vista, en su ánima y cuerpo, tan grande consolación y llenura así como cuando comulgaba¹⁶⁰.

Y con los algodones empapados del sudor del santo Rostro, Rosa se curó. Declara doña María de Uzátegui: Estando la bendita Rosa mala de un brazo que tenía molidos los nervios de una caída que tuvo el segundo día de Pascua florida pasada de este año, y habiéndole hecho muchos remedios para ello, ninguno le aprovechó, y los cirujanos decían que tenía mal para largo, porque su cura era más dificultosa que si fuera quebrado. Y sucediendo..., lo que se ha dicho del santo Rostro, y habiendo limpiado aquel sudor con algodones, le dijo la dicha bendita Rosa a esta testigo que le parecía que, si se pusiese unos pañitos de aquellos algodones, se sanaría luego; y, diciéndole esta testigo que se los pusiese, dijo que no, que ella quería padecer aquellos dolores por amor de su esposo.

Y eran estos dolores de tal manera que no le dejaban gobernar el brazo ni ella podía levantar ni mover y, haciendo escrúpulo de esto que había dicho, se fue a santo Domingo y lo comunicó con su padre espiritual, quien le mandó que se los pusiesen; y así, vuelta a casa, pidió luego a esta testigo le pusiese en el brazo unos pañitos de los dichos algodones, y esta testigo se los puso a las doce del día y la dejó encerrada en el

¹⁶⁰ Proceso, p. 62.

oratorio, de donde salió a las dos dadas, diciendo: “Madre, ya estoy buena, dé gracias a Dios”. Tiraba del brazo y lo sacudía como si no hubiese tenido tal¹⁶¹.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Afirma el padre Juan de Lorenzana: *En su última enfermedad, lo primero le dio perlesía (parálisis) en todo un lado, de manera que no podía mover brazo, ni pierna si no se lo movía otra persona, con que era fuerza padecer mucho. Lo segundo, gravísimo dolor de ijada que le duró el más tiempo de su enfermedad y es tan cruel como saben los que lo han padecido aunque sea por una hora. Lo tercero, grandísimo dolor de costado en ambos lados, que parecía cosa nunca vista tener juntas enfermedades tan contrarias y en tan intenso grado; de donde venía que los remedios que le hacían para una enfermedad le dañaban para la otra. La calentura era tan encendida que le parecía estaba su cuerpo en un horno de fuego y tenía sobre su cabeza un yelmo encendido.*

La visitó este testigo muchas veces en aquella última enfermedad que le duró más de veinte días y siempre la halló con maravillosa paciencia. Consolábase mucho con que este testigo le pusiese la mano sobre la cabeza, diciendo que tenía gran fe en las manos de los sacerdotes. La halló una vez este testigo, visitándola de mañana, muy acongojada, porque toda la noche la había pasado con intensísimos dolores, porque la había pasado sin reposar un punto.

Y decía a Nuestro Señor estas palabras y otras semejantes: “¿Dónde estás bien de mi alma? ¿Dónde estás, Señor mío, bien mío, regalo mío, cómo no te veo?”. Y otras cosas tiernas, con que edificaba a los presentes. Y luego volvía a decir con mucha mansedumbre y reposo: “Cúmplase, Señor, en mí tu santísima voluntad”. Este testigo fue llamado para confesar a la dicha santa Rosa, cuando había de recibir el viático, y así la confesó, conociendo la devoción con que hacía aquella su última confesión y luego le trajeron el Santísimo Sacramento de la Eucaristía... Cuando estaba cercana su muerte, hizo muy expresa y distinta protestación de cómo creía los artículos de nuestra santa fe católica... Y la noche de su dichosa muerte... recibió el santo sacramento de la extrema unción¹⁶².

Refiere la señora Uzátegui: Las señoras que estaban allí, pidieron a esta testigo le pidiese les echase la bendición a ellas también... Ella se detuvo un rato y luego volvió y la echó diciendo: “La bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo con todos sus dones y gracias caiga sobres estas señoras y sobre todas las demás amigas y conocidas que están presentes y ausentes y las hinche de sus bienes para que la gocen eternamente”. Y todas la recibieron con grandísimo gozo, y luego pidió que llamasen a todas las morenas y morenos de casa hasta los que estaban enfermos y a todos juntos les pidió con grande humildad la perdonasen, si en palabra o en obra los había ofendido; luego les echó la bendición...

¹⁶¹ Proceso, p. 115.

¹⁶² Proceso, pp. 341-342.

Y diciendo: “Jesús sea conmigo”, expiró el jueves del glorioso apóstol san Bartolomé (24 de agosto) a las doce y media de la media noche del miércoles, entrando en el jueves; y quedó con tanta serenidad y compostura en su rostro y los ojos abiertos, y la boca parecía que se estaba riendo, que no entendían que era muerte y así hicieron la prueba con un espejo¹⁶³.

Su hermano Hernando recuerda que media hora, poco más o menos, antes que expirase, se despidió de todos los presentes con amorosísimas palabras que provocaban gran ternura. Y principalmente de sus padres espirituales y temporales y de todos sus hermanos, los que en esta ciudad estaban. Y, diciendo muchas razones de grande ejemplo y ponderación, pidió que cada uno en particular le echase su bendición. La misma Rosa de santa María también echó su bendición a cada uno en particular, haciendo la forma de la bendición con la mano derecha y con la boca con tanto esfuerzo y aliento que, en aquel acto, no se le echaba de ver que estaba debilitada y enferma. Y declara también que, (cosa) de un avemaría antes de su última boqueada, le dijo a este testigo... “Ya todo está acabado”. Y, al mismo tiempo, le echaron agua bendita y la misma Rosa bendita con su mano, haciendo la cruz con el dedo pulgar, se signó en la frente y en la boca y en los pechos, con que dio su dichosa y bienaventurada alma a su Creador¹⁶⁴.

Después de fallecida, la señora Uzátegui con dos amigas amortajaron su cuerpo. Y dice: Cuando amaneció el jueves, día de san Bartolomé, se divulgó (la noticia) en toda la ciudad y fueron viniendo a esta casa mucha gente de todos los estados, así hombres como mujeres... El concurso de gente que hubo todo el día fue de suerte que fue necesario poner guardas al cuerpo santo, porque lo querían hacer pedazos, y lo mismo fue menester poner a las puertas... Todos venían a venerar el bendito cuerpo, hincándose de rodillas para besar sus manos y tocar con sus rosarios y esto con singular devoción y con demostraciones de ello y le cortaron parte de los hábitos... A las dos de la tarde, día de san Bartolomé, le mudó esta testigo las tocas con que la había tocado la noche anterior y halló tan tratable su pescuezo y cuerpo como si estuviera viva y sin olor de cuerpo muerto ni señal alguna otra, que suelen tener los cuerpos difuntos...

Y muchas personas han venido a la casa de esta testigo a venerar y respetar los aposentos donde la dicha bendita Rosa habitó y las demás cosas que quedaron de sus vestidos. Y ha oído decir públicamente esta testigo el grande concurso de gente que ha visitado la casa y celdita donde la bendita Rosa habitaba en casa de sus padres¹⁶⁵.

Su madre, María de Oliva, nos dice que la dicha bendita Rosa pidió dos cosas antes de su muerte, y fueron: una, que le diesen quietud, cuando hubiese de salir de esta vida; y la otra la dijo a Luisa de santa María, y era que la tristeza que tenía esta testigo se la convirtiese Nuestro Señor en alegría. Y fue así que, en el punto que expiró, le trocó Nuestro Señor toda su tristeza en una grande alegría sin que jamás haya tenido hasta este punto pena ninguna por la muerte de la bendita Rosa. Y todas las

¹⁶³ Proceso, p. 134.

¹⁶⁴ Proceso, p. 529.

¹⁶⁵ Proceso, pp. 137-141.

*personas que se hallaron presentes a su muerte mostraron tener muy grande contento y alegría. Y declara esta testigo que antes, cuando se veía sin su hija, se hallaba con grande tristeza y ahora, que su hija está gozando de Dios, le parece que está acompañada de todo el mundo*¹⁶⁶.

El día de san Bartolomé no se pudo enterrar el cuerpo de santa Rosa en el convento de santo Domingo, como se tenía previsto, por el gran concurso de gente que acudía a visitarla y pedirle favores a la iglesia de santo Domingo, donde estaba expuesto su cuerpo. Por la noche, después de cerrar la puerta de la iglesia, *llevaron el cuerpo de la santa al oratorio del noviciado, acompañándolo el señor arzobispo y otras personas principales de fuera de la Orden que se hallaron presentes. Y puesto en la peana del altar, llegó primero el señor arzobispo de rodillas a besarle las manos y venerar el bendito cuerpo de la santa Rosa, y lo mismo hicieron los demás que se hallaron presentes.*

Y los que podían obtener parte del escapulario que trajo puesto lo tenían por gran reliquia; y, para que aquella noche no le cortasen alguna parte de su cuerpo, mandó el prelado que toda la noche lo velasen y guardasen algunos religiosos de cuidado y confianza. Al amanecer, fue sacado el bendito cuerpo a la iglesia y puesto en un túmulo alto... Se dijo la misa de cuerpo presente y vio (Pedro Lorenzana) al señor obispo de Guatemala hacer el oficio de sepultura, aunque por el gran tumulto y concurso de gente no se pudo hacer por entonces el entierro. Y vio este testigo que el rostro de la santa estaba hermoso y alegre, que parecía estaba riendo, las manos tan flexibles y tratables...

Todo lo cual tenían todos en general por testimonio de la santidad de la bendita Rosa y de la gloria que gozaba en el cielo su santa alma. Y luego, después del mediodía que la gente de fuera se había ido a sus casas, pareció a los padres fuese aquel bendito cuerpo engterrado; porque, si se guardaba para la tarde, había de haber la misma dificultad que las veces pasadas, y por ventura mayor. Y así lo enterraron en la sepultura, en el Capítulo, que para este efecto tenían abierto, aunque en el cuerpo no había señal de corrupción y mal olor después de 36 horas que era muerta.

Doña María de Uzátegui manifiesta que, *el día del novenario (de su muerte), se halló en el convento de santo Domingo el señor arzobispo y el señor virrey y la Real Audiencia y demás ministros reales y el Cabildo de la ciudad plenamente, y el Cabildo de la santa iglesia catedral. Se dijo la misa e hizo el Oficio, y el señor arzobispo dijo el responso; y le parece a esta testigo que no faltó caballero ni señora de la ciudad, porque fue el mayor concurso de gente que ha visto en ella desde que vino a este reino con haber habido honras de reyes y de virreyes*¹⁶⁷.

El 27 de febrero de 1619, el cuerpo de Rosa, que estaba dentro del convento de santo Domingo, enterrado en la sala del Capítulo, fue trasladado a la iglesia para que los fieles pudieran tenerlo cerca para pedirle favores.

¹⁶⁶ Proceso, p. 389.

¹⁶⁷ Proceso, p. 141.

MÁS MILAGROS

Después de la muerte de Rosa, también Dios hizo milagros por su intercesión. El padre Francisco Nieto cuenta que *un alférez tenía una pierna hinchada como una bota y, oyendo decir los milagros de la santa, se encomendó a ella y, tomando un poco de la tierra de su sepultura y refregándose la pierna con ella, milagrosa y repentinamente quedó sana; y esto fue público a todos fuera de que el dicho alférez, confesándose con este testigo, se lo dijo. Una mujer que estaba tullida de un brazo, llamada doña Isabel Durán, viuda de Jácome Carlos, aquella mañana que estaba el cuerpo de la bendita santa en la capilla mayor, teniendo el brazo tullido, se llegó a la santa con viva fe, encomendándose a ella que alcanzase de Nuestro Señor la sanase de aquel brazo tullido y tocó a la santa y quedó buena y sana repentinamente.*

También una india cacique de Chincha, llamada doña Magdalena, estando en esta ciudad tullida de los pies en una cama, y estando en este convento un religioso conocido suyo, oyendo los milagros que la santa obraba, le envió un poco de tierra de su sepulcro; y, refregándose los pies con ella, milagrosamente y repentinamente, quedó sana. Y esto lo sabe este testigo por habérselo dicho la dicha cacica y haberla traído a este convento a dar gracias a la capilla del rosario... Y (este testigo) ha oído decir a muchas personas que vivían en grandes ofensas de Nuestro Señor que han mudado sus vidas después de la muerte de esta bendita virgen; y entiende este testigo que por haberse encomendado a ella ha sido¹⁶⁸.

Fray Blas Martínez nos refiere: *Un negro mayordomo de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario..., al cual vio este testigo manco de la mano derecha desde muchos años, y la traía sin poderla menear; el día octavo del entierro de la dicha Rosa, metió el brazo en la tierra de su sepultura, invocando a la sierva de Dios. Y sucedió lo que era de esperar; a poder de ruegos, logró la gracia, pues salió sano de la manquera y le llevaron con “Te Deum laudamus” a la capilla de Nuestra Señora del Rosario; y después le conoció muchos años sano y bueno de la dicha manquera¹⁶⁹.*

María de Oliva, la madre Rosa declara que *un día vio, después de la muerte de la bendita Rosa, que habiendo venido el procurador general de santo Domingo con un fraile, llamado fray Juan García, le dijo que entrase a la celdita de la bendita Rosa y sacase la sillita que la bendita Rosa tenía; y el dicho padre entró y, en lugar de sacarla, empezó a cortar de la madera de ella y, por cortarla, se cortó la mano, una buena herida hacia la muñeca, que se cortó cuero y carne y le salió mucha sangre, que se le corría por la palma de la mano; lo cual vio esta testigo... Y el padre respondió: “Aquí tengo yo con qué curarme”. Y sacó del seno, un pedacito de hábito de la santa Rosa y se lo puso en la herida y le parece que también se puso un poco de tierra de la celdita. Y de allí a poco, habiéndose entretenido hablando, que le parece a esta testigo que no había pasado una hora, miró la herida y la halló sana y lo mostró a todos; y esta testigo vio la llaga y herida después, antes que pasase una hora, y la vio sana¹⁷⁰.*

¹⁶⁸ Proceso, p. 321.

¹⁶⁹ Proceso apostólico, folio 570.

¹⁷⁰ Proceso, p. 391.

El padre Pedro de Loaysa relata: *Con la tierra de su sepulcro sabe que ha obrado Nuestro Señor muchos milagros y entre estas personas una es Catalina de santa María que, teniendo de ordinario dolor de corazón, que le daba cada día dos y tres veces, y actualmente padecía de una calentura grande, tomó de la tierra del sepulcro de la bendita Rosa con agua del cáliz y lo bebió. Y desde entonces, nunca más le ha dado mal del corazón y corren seis meses poco más o menos*¹⁷¹.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El mismo año de su muerte, comenzó el Proceso ordinario para recoger los testimonios de quienes la conocieron y así tener pruebas sobre su santidad. Este Proceso tuvo lugar en Lima entre el 1 de septiembre de 1617 y el 7 de abril de 1618. Y declararon 183 testigos.

El año 1624, se remitió a Roma este Proceso ordinario con las declaraciones de los testigos. En 1625, el Papa Urbano VIII ordenó la incoación del Proceso apostólico, que tuvo lugar en Lima desde el 17 de mayo de 1630 a mayo de 1632. En 1634 se envió a Roma el Proceso apostólico. Aprobados ambos, el Papa Clemente IX, gran devoto de la santa, firmó el Breve de beatificación el 12 de marzo de 1668 en la iglesia de los dominicos de santa Sabina de Roma, donde el Papa mandó erigir una estatua en el vestíbulo de la iglesia con estas palabras al pie de su imagen: *A ti Rosa, nuevo ornamento del paraíso, ofrecido por el Nuevo Mundo.*

El mismo Papa, al morir, dejó en testamento 5.000 ducados para que en la catedral de Pistoia se erigiese una capilla en honor de santa Rosa y mandó a Lima una estatua de Rosa yacente, obra del escultor maltés Melchor Caffa, que se halla en la iglesia de santo Domingo de Lima.

El papa Clemente X el 11 de agosto de 1670, nombró a Rosa patrona de América, Indias y Filipinas. Este mismo Papa la canonizó en el Vaticano el 12 de abril de 1671, junto con Francisco de Borja, Luis Beltrán, Cayetano de Thiene y Felipe Benicio. Las fiestas de la canonización se celebraron en Roma y en Madrid. En Lima, se celebraron muy solemnes en el mes de agosto con la presencia del virrey, conde de Lemos, y hubo desfiles militares, cabalgatas, luminarias nocturnas, corridas de toros, además de procesiones y otros actos de culto.

CONVENTO DE SANTA CATALINA

El convento de santa Catalina de Lima se fundó a los siete años de la muerte de santa Rosa, el 10 de febrero de 1624. Sus fundadores fueron don Juan de Robles, clérigo mayordomo de la catedral y doña Lucía Guerra de la Daga con su hermana doña

¹⁷¹ Proceso, p. 307.

Clara. Doña Lucía y doña Clara aportaron para la fundación un total de 170.000 pesos, y don Juan de Robles edificó a su costa el convento y la iglesia, gastando unos 230.000 pesos.

Para comenzar la fundación, vinieron cinco religiosas del convento de la Concepción y dos del convento de santa Catalina de Arequipa. Entraron 33 novicias, en total. Cuando profesaron las fundadoras, doña Lucía que se llamaba sor Lucía de la Trinidad, fue nombrada abadesa. El día de la inauguración asistió el virrey marqués de Guadalcázar con toda la ciudad, según afirma el cronista Córdova Salinas. Así se cumplía el sueño de santa Rosa.

La madre de santa Rosa entró en el convento de santa Catalina en 1629, siendo ya viuda y llevó al convento entre otros recuerdos un retrato de Rosa que parece era bastante bueno.

El cuadro que llevó su madre se conserva todavía en el convento de santa Catalina. Su madre se curó, poniéndose el cuadro sobre el pecho. El hecho fue así: *Pocos días después de tomar el hábito (la madre de santa Rosa) se enfermó de pertinaz erisipela y dolencia de estómago y calenturas. Hubo de acostarse. Así pasó ocho días. La Priora, visitándola una noche junto con otras religiosas, después de conversar un rato, le preguntó si quería que le trajesen el retrato de su hija. Respondió que sí y lo recibió con mucho gusto. Se despidieron las religiosas. Y, al volver al cabo de hora y media, vieron que dormía suavemente y sudaba en abundancia. Al día siguiente, se levantó de la cama y fue a oír misa a la reja del coro. La encontró la Priora que, admirada, le preguntó, por qué se había levantado y adónde iba. Y respondió: “Después de haber dado muchos besos a la imagen de mi hija, a media noche, me hallé bañada en sudor, me tomé el pulso y no sentí calentura. Eché la mano al rostro y conocí que había cesado la hinchazón sin quedar señal del tumor, lo que me aseguraba hallarme de todo sana. Y de ello es testigo las ganas que tengo de comer”¹⁷².*

Actualmente, el convento de santa Catalina de Siena de Lima, es un convento pujante con abundantes vocaciones y donde se palpa con claridad la presencia espiritual de santa Rosa.

CONVENTO DE SANTA ROSA

Un grupo de beatas, devotas de santa Rosa, llamadas “beatas Rosas” consiguieron que por cédula real del 26 de enero de 1704, que se les concediera autorización para construir este convento en lo que fue la casa del contador Gonzalo de la Maza. La fundación tuvo lugar en 1708 propiamente. Para fundarlo, la señora Elena Rodríguez, viuda del general Benito Galdames, dio 130.00 pesos. Todavía se conserva la celda donde expiró santa Rosa, pues lo demás de la primitiva casa fue destruido para construir el convento. En esa celda, sobre los mismos ladrillos que la santa pisó, hay una letrilla con la inscripción:

¹⁷² Velasco Salvador, *Rosa de santa María*, Ed. OPE, Guadalajara (España), 1981, 72.

*Desde este lugar, dichosa,
partió con vuelo ligero,
triunfante, pura y hermosa
a unirse con el Cordero
la que fue limeña Rosa
24 de agosto de 1617.*

Esa celda, actualmente, es una capillita. El 28 de octubre de 1746 ocurrió un terremoto en Lima. El monasterio sufrió destrozos, pero se conservó intacta la pared derecha de la celda, donde se encontraba una cruz de madera que usó santa Rosa. La cruz se halla dentro de una urna de cristal, con otras reliquias. Y hay una inscripción de la época que dice:

*Tembló la tierra horrorosa
en octubre, y se mantuvo
firme esta pared dichosa,
pues quien a Rosa sostuvo
justo es que la sostenga rosa*

También se conservan en el convento de santa Rosa unos manuscritos y gráficos, escritos por Rosa misma, sobre sus experiencias místicas. Estos fueron encontrados en 1923 por el padre fray Luis Getino, dominico, en la capilla de este convento de santa Rosa en dos papeles muy antiguos. Uno de ellos se refiere a las mercedes o pruebas purificadoras de Dios. El otro relata los quince peldaños para la ascensión del alma a Dios. En ellos se nota la seguridad con que habla por propia experiencia.

Entre otras cosas escribió: *Primera merced de heridas que recibí de Dios. Con lanza de acero me hirió y se escondió.* La segunda merced la representa mediante un corazón con la figura del niño Jesús dentro, y este escrito alrededor: *Aquí descansó Jesús, abrasándome el corazón.* Tercera merced, representada por un corazón con alas y el escrito: *Vuela para Dios: el campo del corazón lo llenó Dios de su amor, haciendo morada en él.*

En los quince peldaños o grados de amor a Dios habla Rosa del “*corazón traspasado con rayo de amor*” y “*corazón herido con flecha de amor*”, aludiendo a lo que los místicos llaman transverberación o traspaso del alma con un dardo de fuego de amor de Dios.

El último grado es el desposorio - matrimonio espiritual. De él dice Rosa: Arrobo. Embriaguez en la bodega. Secretos de amor divino. ¡Oh, dichosa unión, abrazo estrecho con Dios!

Con todo esto podemos decir, sin lugar a dudas, que Rosa fue una gran santa y una gran mística¹⁷³.

Entre las monjas ilustres del convento de santa Rosa de Lima se cuenta a la sobrina de santa Rosa, Laura Flores de Oliva, que ingresó en 1709. Otras religiosas con fama de santidad fueron sor María Manuela de santa Ana (1695-1793), sor Ventura de la misericordia y sor Mariana de santa Rosa.

También este convento de santa Rosa de Lima tiene abundantes vocaciones y es un centro de irradiación espiritual para todos los que se acercan a él; al igual que el convento de santa Rosa de Arequipa, fundado en esa ciudad en 1747.

SANTUARIO DE SANTA ROSA

El santuario de santa Rosa de Lima se fundó en la que fue casa de sus padres. En este santuario se encuentra la imagen del niño Jesús que ella llamaba el doctorcito, que está en la enfermería, y también el Cristo de los favores, que le dio de beber de la llaga de su costado. También, en un relicario de plata, se guarda el anillo de sus desposorios, dos tibias de su cuerpo, la mitad de la corona de espinas y dos crucecitas de madera. Una, la llevaba sobre el escapulario, y la otra, con 33 púas, sobre el pecho para mortificarse. También se guarda un mechón ensangrentado de su cabello rubio. Debajo de la mesa del altar hay dos ataúdes que guardaron algún tiempo su cuerpo. También existe allí el pozo, llamado de los deseos, porque los devotos, especialmente el día de su fiesta, echan cartas, expresando sus deseos y pidiendo por sus necesidades.

Algo importante es la ermita que Rosa usó para estar a solas con Dios. En ella tenía un altarcito con una cruz, unas flores y una silla para sentarse. Actualmente, la ermita está protegida por una gran urna de vidrio y mármol. Tiene una puertecita y ventanillos minúsculos y ostenta en la parte posterior derecha una lápida que atestigua ser la ermita de la santa. Está situada en lo que fue el extremo del huerto, que en su tiempo colindaba con el hospital del Espíritu Santo.

También se conserva en el santuario la imagen del rostro de santa Rosa pintado por el pintor romano Angelino Medoro ante la vista de su cadáver, y que se supone es el rostro más auténtico de la santa.

El día 30 de agosto de cada año, fiesta de santa Rosa en el Perú, son miles y miles los devotos que vienen de distintos lugares del Perú y del mundo a pedir favores a Dios por intercesión de santa Rosa, patrona del Perú, de América Latina y de Filipinas.

REFLEXIONES

¹⁷³ Getino Luis, *La patrona de América ante los nuevos documentos*, publicaciones de la revista de las Españas Nº 1, sin fecha, pp. 24-49.

Algo que debemos entender de la vida de santa Rosa es que, a pesar de sus grandes penitencias voluntarias, ofrecidas con amor, era una mujer feliz. Ella podría haber dicho como santa Teresa de Jesús: *O sufrir o morir*. ¿Por qué? Porque el sufrir con amor o amar sufriendo, es la mejor manera de amar, es el amor elevado a la máxima potencia. Ella quería sufrir y amar para poder así demostrar su amor en plenitud a su esposo Jesús y, de esta manera, obtener inmensas bendiciones para todos.

Ya hemos observado cómo, incluso en vida, obtenía gracias extraordinarias de Dios, como la salud para muchos enfermos, la solución de problemas o la liberación del peligro de los piratas que pensaron asaltar Lima.

Algo importante en su vida fueron las imágenes sagradas. Quería mucho a la Virgen y la honraba en sus imágenes, especialmente en la imagen de Nuestra Señora del Rosario de la iglesia de Santo Domingo. Ella nos habla de cómo veía cambiar su rostro, cuando la Virgen estaba alegre o triste. Igualmente, amaba tanto al niño Jesús que tenía en su casa una imagen hermosa a quien llamaba el doctorcito y que era su médico celestial para ella y para los demás. La imagen del santo Rostro de Jesús sudó milagrosamente en su presencia. Y le gustaba adornar estas imágenes con ramilletes de flores naturales o artificiales, que ella misma hacía, o con joyas prestadas para que salieran hermosas en las procesiones.

Pero no olvidemos que el centro de su vida era Jesús sacramentado. El día que comulgaba era de gran fiesta para ella, y sentía tal suavidad y alegría que no podía comer hasta la noche y, a veces, ni eso. ¡Cuántas veces veía al niño Jesús que se le aparecía en medio de sus labores y en medio de sus éxtasis para alegrarle el corazón!

También recordemos que amaba mucho a su ángel custodio, a quien veía algunas veces y a quien le cantaba hermosas canciones para demostrarle su cariño. Todas estas experiencias de Rosa alientan y confirman nuestra fe. No son cuentos para niños, pues ella misma las atestigua y podemos creerle, porque la Iglesia la ha canonizado y todos los que la conocieron sabían que nunca mentía. Y, porque los numerosos milagros, que Dios ha realizado por su intercesión, demuestran que su vida fue una vida de amor y santidad.

Rosa es nuestra hermana del cielo y quiere ayudarnos en nuestro caminar por la vida. Pidámosle ayuda. En 1881, durante la guerra del Perú con Chile, Lima se salvó del saqueo por intercesión de santa Rosa. El 15 de enero de ese año entraron en Lima las tropas chilenas pacíficamente y en ella permanecieron hasta 1884. Dios se sirvió del contralmirante francés Abel Bergasse Du Petit Thouars, jefe de la escuadra neutral concentrada en el Callao, para poder negociar la rendición pacífica con el general chileno Baquedano.

Así como Rosa salvó a Lima de los piratas y del saqueo, puede seguir salvándonos a nosotros en la medida en que la invoquemos con fe. Ella es peruana y americana. Ella es hermana de todos; y a todos, sin distinción de razas o lugares, quiere ayudar en su camino hacia Dios.

CONCLUSIÓN

Después de haber hecho un repaso general a la vida de santa Rosa, podemos sentirnos orgullosos de ella. Es nuestra hermana del cielo. Ella supo darse a Dios por entero, sin reservarse nada. Su sufrimiento, ofrecido con amor, y su amor, empapado de sufrimientos, fueron una constante en su vida; pero, paradójicamente, y, aunque el mundo no pueda entenderlo, fue una persona inmensamente feliz. Su sufrimiento era para ella una fuente de inmensa felicidad personal, porque obtenía innumerables bendiciones para los demás. Podemos decir que santa Rosa fue, y es, una gran bienhechora de la humanidad, pues sus bendiciones no sólo se concretaban a Lima. Su influencia benéfica abarcaba y abarca al mundo entero.

Su felicidad la manifestaba cantando, mientras trabajaba y hacía oración. Hasta la naturaleza se unía a su canto y a su alegría. Los mosquitos zumbaban alegres y no le picaban; los árboles inclinaban sus ramas alabando al Señor, las clavelinas aparecían milagrosamente por gracia de Dios en su jardín, y los pájaros se unían a su canto.

Aprendamos como ella a alabar al Señor, amemos mucho a Jesús Eucaristía, a María y al ángel custodio. Hagamos de nuestra vida un canto de gloria y de amor a nuestro Dios para que seamos un regalo de Dios para los demás.

Que su vida nos estimule a seguir sus pasos y a entregar nuestra vida al servicio de Dios y de los demás.

¡Que Dios te bendiga y saludos de mi ángel!

Pueden leer más libros del mismo autor en www.libroscatolicos.org

Tu amigo del Perú
Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo arzobispal de Lima, Sección eclesiástica, Proceso apostólico con testimonios rendidas a favor de santa Rosa del año 1630 a 1632.
- Archivo Secreto Vaticano, manuscritos 1570 y 1573, Roma, con testimonios de los Procesos Ordinario y Apostólico respectivamente.
- Bertolini Serafino, *La Rosa peruana, vita della sposa di Cristo Suor Rosa di santa Maria*, Roma, 1666.
- Bruno Cayetano, *Rosa de santa María*, Ed. Salesiana, Lima, 1992.
- Burgo Francisco de, *La estrella de occidente: La Rosa de Lima, vida y milagros de santa Rosa de santa María*, México, 1670.
- Busto Duthurburu José Antonio del, *Santa Rosa de Lima*, Ed. Pontificia universidad católica del Perú, Lima, 2006.
- Cádiz Luis de, *Santa Rosa de Lima*, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1958.

- Cobo Bernabé, *La fundación de Lima*. En Obras del Padre Bernabé Cobo, Madrid, 1956.
- Fernández de Córdova Pedro Antonio, *Vida de la gloriosa santa Rosa de santa María*, sacada en compendio del Proceso de su beatificación, Lima, 1818.
- Fernández Amaya, *Santa Rosa de Lima*, Ed. Brasa, Lima, 1995.
- Ferrer de Valdecebro Andrés, *Historia de la vida de la Rosa de santa María*, 2 volúmenes, Madrid, 1669.
- González de Acuña Antonio, *Rosa mística: Vida y muerte de santa Rosa de santa María*, Roma, 1671.
- Hansen Leonardo, *Vida admirable de santa Rosa de Lima*, traducida del latín por fray Jacinto Parra, Lima, 1895.
- Loaysa Pedro de, *Vida de santa Rosa de Lima*, Lima, 1937.
- Lorea Antonio de, *Santa Rosa, religiosa de la tercera Orden de santo Domingo, patrona universal del Nuevo Mundo*, Madrid, 1671.
- Mujica Pinilla Ramón, *Rosa limensis*, Ed. Banco central de reserva del Perú, Lima, 2001.
- Parra Jacinto de, *Rosa laureada entre los santos*, Madrid, 1670.
- Primer Proceso ordinario para la canonización de santa Rosa de Lima, transcripción y edición preparadas por el padre Hernán Jiménez Salas, Lima, 2002.
- Vargas Ugarte Rubén, *La flor de Lima*, Ed. Paulinas, Lima, 2004.
- Vargas Ugarte Rubén, *Santa Rosa en el arte*, Lima, 1967.
- Varios, *Santa Rosa de Lima y su tiempo*, Ed. Banco de Crédito del Perú, Lima, 1995.
- Velasco Salvador, *Rosa de santa María*, Ed. OPE, Guadalajara (España), 1981.
